

La influencia del modelo de Alejandro Magno en la tradición escipiónica

Elena TORREGARAY PAGOLA

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea
Departamento de Estudios Clásicos
elena.torregarai@euskalnet.net

RESUMEN

El arquetipo del conquistador elaborado a partir de la figura histórica de Alejandro Magno ejerció una considerable influencia en la historiografía sobre los *Cornelii Scipiones*, que, de este modo, se convirtieron en versiones romanas del *kosmókratōr*.

PALABRAS CLAVES

Alej. Magno.
Escipiones.
Política.
República.

ABSTRACT

The archetype of the conqueror built from the historical figure of Alexander the Great exerted a remarkable influence on the historiography about the *Cornelii Scipiones* who, this way, turned into Roman versions of the *kosmókratōr*.

KEY WORDS

Alexander the
Great.
Scipiones.
Politics.
Roman
Republic.

SUMARIO 1. La *imatatio Alexandri*. 2. La *aemulatio Alexandri*. 3. La *comparatio Alexandri*.

Es sabido que la relación ideológica entre la tradición literaria e historiográfica creada en torno a la figura de Alejandro Magno y la actitud de ciertos *imperatores* romanos adquirió una especial relevancia durante la segunda mitad del siglo I a.C.¹ En este contexto, el empeño de parte de la historiografía moderna por explicar el deslizamiento de la tradición helenística sobre el macedonio en los medios intelectuales de la sociedad romana promovió la necesidad de buscar en la *res publica* de los siglos III y II a.C. un antecedente válido que facilitara la comprensión del fenómeno de Alejandro en la Roma de la República tardía. Por ello, según algunos historiadores, parecía necesaria la presencia de una figura «puente» que hubiera permitido el encuentro de ambas culturas políticas en un momento inmediatamente anterior al siglo I a.C. y que facilitara y legitimara el camino que posteriormente esa tradición griega tomó en el mundo ideológico romano. Así pues, del mismo modo que en el análisis político de las nuevas formas de poder personal aparecidas durante la República tardía también se buscó y se encontró el antecedente deseado entre los Escipiones², recurriendo a los procesos contra Publio y Lucio Cornelio Escipión³ y a la polémica en torno al significado de ciertos pensamientos atribuidos a Escipión Emiliano en el *De Republica* ciceroniano, igualmente, la candidatura de predecesor de las actitudes filoalejandrinas de Pompeyo, César y Marco Antonio recayó, de entre todos los Escipiones destacados de la política romana, en la figura del Africano Mayor⁴.

Las razones de la elección concreta de Publio Cornelio Escipión eran variadas y comprensibles. Por un lado, estaba su cargo de *imperator* o *stratēgōs* de la República romana, en definitiva un mando militar que, además, había sido adquirido por primera vez en plena juventud en circunstancias extraordinarias⁵. Gracias a ello, pudo participar en todas las guerras importantes en las que Roma intervino entre fines del siglo III a.C. y la primera mitad del siglo II a.C., tanto en las campañas de Occidente como en las de Oriente. Desde este punto de vista, parece lógico que algunos historiadores encontraran cierta aproximación entre la imagen de Escipión y la de Alejandro como conquistador universal. Por otra parte, el éxito militar continuado había favorecido la creación de una leyenda escipiónica⁶ que, al igual que la de Alejandro, fascinaba a los soldados y le proporcionaba el carisma suficiente para guiarlos felizmente en la guerra. También, como al rey de Macedonia, el deseo de aprovechar el éxito

¹ J. M. André, «Alexandre le Grand, modèle et repoussoir du prince (d'Auguste à Néron)», *Neronia IV. Alejandro y los emperadores romanos*, Bruxelles 1990, p. 11.

² E. Torregaray, *La elaboración de la tradición sobre los Cornelii Scipiones: pasado histórico y conformación simbólica*, Zaragoza 1998, pp. 177-186.

³ J. Cels Saint-Hilaire, «Citoyenneté et droit de voie: à propos du procès des Scipions», *The Roman middle Republic. Politics, religion and historiography c. 400-133 a.C.*, Rome 2000, pp. 178-194.

⁴ E. Meyer, «Ursprung und Entwicklung der Überlieferung über die Persönlichkeit des Scipio Africanus und die Eroberung von Neukarthage», *Kleine Schriften* 2, pp. 433 y ss.; A. Heuss, «Alexander der Grosse und die politische Ideologie des Altertums», *AA* 4, 1954, p. 80, los historiadores griegos trataban la vida de Escipión Africano el Mayor como la de un nuevo Alejandro.

⁵ P. Pinna, «La carriera di Scipione nella guerra annibalica», *Laboe* 26, 1980, pp. 339-354.

⁶ E. Cabba, «P. Cornelio Scipione l'Africano e la leggenda», *Athenaeum* 53, 1-2, 1975, pp. 3-17.

social de la victoria le había conducido, si no claramente a la aspiración de poder unipersonal, sí, al menos, a situarse por encima de sus iguales, crimen imperdonable en una sociedad aristocrática⁷. Y finalmente, al igual que Alejandro, Escipión había demostrado una admiración por la cultura y las costumbres griegas, cuya adopción externa había suscitado cierto rechazo en la sociedad romana que, en cierta forma, podía compararse al que había provocado el orientalismo del conquistador de Persépolis. Tampoco podemos olvidar que este filohelenismo es precisamente un rasgo distintivo que Escipión comparte con algunos de los principales *imperatores* del siglo I a. C., como Pompeyo o Marco Antonio, los cuales también adoptaron de una forma clara la *imitatio Alexandri*⁸. Además, en el caso particular de Pompeyo la relación se hacía aún más estrecha y podía llevarse aún más lejos si tenemos en cuenta que los Escipiones optaron por el bando pompeyano durante la guerra civil, llegando a utilizar la fama de la familia en el transcurso de la campaña africana contra César⁹. En definitiva, a la vista de los datos aportados, parece innegable que el anecdotario que las fuentes historiográficas y literarias recogen en torno al Africano Mayor guardaba un sorprendente parecido con el de Alejandro Magno¹⁰.

A pesar de todo, también pueden aportarse algunos inconvenientes a la identificación entre ambos conquistadores. Si bien es cierto que, como acabamos de señalar, algunos aspectos de la vida del Africano Mayor tenían concomitancias con la de Alejandro, ello no implicaba que Escipión utilizara de forma consciente el modelo del macedonio como guía de su carrera político-militar. Precisamente, según O. Weippert, su actividad nunca superó el ámbito del juego de poder de la *nobilitas* romana¹¹. En cualquier caso, la relación de Escipión con el ideal de Alejandro será claramente distinta a la que desplegarán posteriormente los *imperatores* de la República tardía¹². Y no sólo eso, sino que, a medida que nos alejamos cronológicamente del período republicano, la comparación de Alejandro con Escipión tendrá otro carácter, e incluso llegará a evolucionar negativamente, de forma paralela al desarrollo de la tradición sobre el macedonio, hasta el punto de que terminará por no realizarse comparación alguna entre ambos¹³.

El problema, a nuestro entender, es más de paradigmas que de figuras históricas. Valga como ejemplo de ello la opinión de S. Weinstock, según la cual, todo gran conquistador tenía

⁷ Polibio 23, 14, 1-3.

⁸ Tito Livio, 29, 19, 11-13; Valerio Máximo 3, 6, 1; Plutarco, *Cat. mai.* 3, 6; Octavio, Apiano, *Syr.* 46, 240; Marco Antonio, Apiano, *B. C.* 5, 11, 76; Tiberio, Suetonio, *Tib.* 11, 3; Germánico, Tácito, *Ann.* 2, 59, 1-3. J. L. Ferrary, *Philhellénisme et impérialisme. Aspects idéologiques de la conquête du monde hellénistique, de la seconde guerre de Macédoine à la guerre contre Mithridate*, Rome 1988, pp. 523-526.

⁹ R. L. Sturch, «The last of the Scipiones», *Mu. Afr.* III, 1974, *op. cit.*, pp. 14-16; R. A. Billows, «The last of the Scipios», *AJAH* 1, 7, pp. 53-68.

¹⁰ O. Weippert, *Alexander Imitatio und römische Politik in republikanischer Zeit*, Augsburg 1972, p. 38.

¹¹ *Ibid.*, pp. 52-53.

¹² O. Weippert, *op. cit.*, pp. 51-52.

¹³ Luciano, *Dial. de mort.* 25 (12); B. Baldwin, «Alexander, Hannibal and Scipio in Lucian», *Emerita* 1990, pp. 51-60. Historia Augusta, *Pesc.* 11, 4, 5. L. Craeco Ruggini, «Un riflesso del mito di Alessandro nella «Historia Augusta», *Antiquitas* 1964-65, pp. 82-83.

que seguir necesariamente el modelo de Alejandro¹⁴. De ahí también que el primer Africano no sea el único Escipión sobre el que trató de verse la imagen de un nuevo Alejandro romano. Atendiendo a la caracterización general como conquistador, tal intento se realizó también, aunque en menor grado, en la persona de Escipión Emiliano, conocido como segundo Africano. La incidencia historiográfica de esta nueva tradición es muchísimo menor, dado que las características propias del anecdotario historiográfico sobre este Escipión no permitían un acercamiento mayor entre su figura histórica y la del macedonio que la de cualquier otro general de la República romana.

Entre los historiadores actuales, en relación a la interpretación de la práctica de la *imitatio Alexandri* en la sociedad romana hay una tendencia cada vez mayor a diferenciar, muy razonablemente, la *Nachahmung* de Alejandro según varias categorías que son la *imitatio*, la *aemulatio* y la *comparatio*¹⁵. La necesidad de delimitar el espacio de cada concepto aparece claramente, ya que en muchos estudios suelen confundirse a menudo los tres. Así, la *imitatio* implicaría un deseo consciente por parte del imitador de plagiar los modos y actuaciones de Alejandro; la *aemulatio*, por su parte, consistiría en el deseo de alcanzar o incluso superar las obras de Alejandro pero sin imitarle necesariamente; y finalmente, la *comparatio*, respondería a la acción de terceras personas, fundamentalmente los autores de las fuentes clásicas —y, en nuestra opinión, también de la historiografía moderna—, quienes establecen comparaciones entre Alejandro y otros personajes históricos¹⁶, en este caso, los dos Africanos.

Este principio metodológico nos servirá para descubrir algunos de los aspectos más destacados de la relación entre las figuras de Alejandro y los Escipiones, sin olvidar en ningún caso que la tradición escipiónica tiene una doble procedencia, por un lado, griega, configurada mayormente a partir de las Historias de Polibio y, por otro, latina, cuya evolución historiográfica será más prolongada¹⁷. La influencia de cada una de ellas estará determinada también por su propio origen, puesto que la perspectiva griega sobre Alejandro se proyectará sobre las respectivas figuras de los dos Africanos con una jerarquización de ideas y una imagen global sensiblemente diferente al punto de vista romano. Siguiendo este esquema, analizaremos el impacto de las tres categorías de la tradición sobre Alejandro Magno —*imitatio*, *aemulatio*, *comparatio*— en la conformación del modelo ideológico que representa tanto Escipión Africano el Mayor, como su nieto, el Africano Menor.

¹⁴ S. Weinstock. «Victor and Invictus». *HThR* 50, 1957, p. 236; P. Green. «Caesar and Alexander: *aemulatio*, *imitatio* y *comparatio*». *AJAH* 3, 1978, p. 1.

¹⁵ J. S. Richardson. «The triumph, the praetors and the Senate in the early second century d.C.». *JRS* 65, 1975, p. 238; L. Braccisi. *Alessandro e la Germania*, Roma 1991 aparecen perfectamente distinguidas las tres categorías al analizar las actividades de Augusto en Germania y su interés por la figura histórica y legendaria de Alejandro Magno.

¹⁶ J. S. Richardson, *op. cit.*, p. 238; P. Green, *op. cit.*, pp. 1-2.

¹⁷ E. Torregaray, *La elaboración...*, pp. 38-43.

1. LA IMITATIO ALEXANDRI

La evidencia de la *imitatio Alexandri* en Roma antes de la primera mitad del siglo I a.C. es muy escasa y altamente controvertida. Por ello, resulta especialmente complicado tratar de dilucidar qué ventaja podría obtener un general romano del siglo II a.C. de la asociación deliberada con el nombre de Alejandro o, aún más concretamente, qué voluntad podría animar a un Escipión de esa época para imitar la conducta del macedonio. Teniendo en cuenta estos problemas preliminares, y con objeto de aportar las respuestas más plausibles a estas cuestiones, creemos que sería conveniente considerar, en primer lugar, cuál era la imagen del rey macedónico en la sociedad romana recién salida de las Guerras Púnicas y, consiguientemente, qué influencia podía ejercer en las tendencias ideológicas del momento.

Si retrocedemos al período inmediatamente posterior a la muerte de Alejandro, sabemos que la imagen de éste mostraba ya una cierta connotación negativa¹⁸, en virtud de la cual comenzaba a ser más conocido como el hijo de Amón y conquistador de Oriente que como vástago de Filipo y rey de Macedonia¹⁹. Paralelamente, la carta de Aristóteles a su antiguo pupilo macedonio había trazado la imagen del Alejandro que querían los griegos y que difería del perfil oriental sobre el que se estaba construyendo su mito²⁰. Habrá que esperar hasta el siglo II a.C., para que la presión de la amenaza romana en Grecia y Oriente promueva una nueva reinterpretación de la figura de Alejandro Magno como claro defensor del helenismo. Con el inicio de una relación continuada y relativamente profunda entre Roma y el mundo helenístico, diferente de los contactos esporádicos propios de etapas anteriores, el terreno estaba abonado para la introducción del mito del rey de Macedonia en la *Urbs*. Precisamente, la difusión del modelo del Alejandro filoheleno coincidió en el tiempo con lo que algunos historiadores como Pierre Grimal han dado en llamar el período helenístico de Roma²¹, en el que, según la interpretación moderna, ciertos destacados romanos, especialmente los Escipiones, mostraron un interés y una pasión inusual por la cultura griega, de tal forma que podría considerarse que el *exemplum* de Alejandro tuvo para ellos un interés especial, preludio del que años después demostraría Pompeyo. No obstante, y a pesar de esta interpretación basada en la existencia del «círculo de los Escipiones», al que se le atribuye un supuesto papel determinante en el impulso y difusión en Roma de la cultura filosófica y los modelos políticos griegos, con excepción de algunas citas ocasionales, ningún historiador ni poeta latino de la República de los siglos III y

¹⁸ P. Goukowsky, *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre (336-270 a.C.)*, Nancy 1978, p. 76.

¹⁹ *Ibid.*, p. 83; D. Ambaglio, «Alessandro conquistatore», *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad clásica*, Sevilla 1993, pp. 37-48.

²⁰ *Ibid.*, pp. 54-55; C. B. Welles, «There have been many Alexanders», *The Impact of Alexander the Great*, Pennsylvania State University 1979, p. 11, opina, en cambio, que era el propio Alejandro quien consideraba a Macedonia como la periferia de su imperio.

²¹ P. Grimal, *Le siècle des Scipions. Rome et l'hellénisme aux temps des guerres puniques*, Paris 1959, pp. 9-14.

II a.C. parece haber dedicado una gran atención en sus obras a la figura histórica de Alejandro Magno²⁴.

Esta imagen del monarca filohelenista no era, sin embargo, la única que proyectaba la tradición sobre el sucesor de Filipo, ni tampoco la que parece haber interesado con mayor fuerza a la República romana del siglo II a.C. En el 200 a.C. Roma ya había tomado contacto con la leyenda de Alejandro y por lo que conocemos gracias a Plauto, el macedonio era considerado como un héroe que había hecho grandes cosas²⁵. Por lo tanto, la visión que Escipión el Mayor y sus contemporáneos podían tener de Alejandro no era una visión negativa, puesto que el comediógrafo lo comparaba con Agatocles, vencedor de los cartagineses y hombre con fama de probada *virtus*²⁶, quien, a pesar de su condición de tirano, es denominado en las comedias plautinas como *rex* con una connotación positiva. Aun y todo, la escasez de la presencia de Alejandro en las fuentes latinas de la época parece demostrar cierto desconocimiento de su figura histórica debido principalmente a que su actividad se había desarrollado mayormente en Asia, lo cual le convertía en un personaje lejano para la sociedad romana y ello, pese a que Roma estaba en plena guerra con las potencias helenísticas que se consideraban herederas del legado del rey macedonio²⁵. Hasta los años 50 a.C., podemos decir que la actitud de Roma hacia Alejandro era de una cierta indiferencia, que con el tiempo evolucionará desde la admiración hasta la aversión²⁶.

Aunque en opinión de algunos, la ideología de Alejandro no tuviera gran impacto entre el público republicano e incluso careciera de éxito²⁷, parece evidente que la discusión sobre el héroe macedonio comenzó y se encarnizó en Roma a partir de la República tardía. Para los que lo odiaban, el exceso de gloria le había producido un desequilibrio que le había llevado a la locura y, a pesar de la grandeza de sus acciones militares, ni era comparable a un jefe romano ni conveniente a la mentalidad romana²⁸. Por ello, según Tito Livio, el único aspecto de Alejandro por el que los romanos debían estar interesados era su caracterización como aventurero militar invencible. Así, de un plumazo, Roma descartó la imagen del Alejandro filohelenista y prefirió al conquistador militar, sin ninguna pretensión filosófica e intelectual²⁹.

En tanto que conquistador, abstracción hecha del asimilador, Alejandro podía ser invocado como personaje ejemplar en Roma. El macedonio, en sus inicios, había cumplido una

²⁴ P. Green, *op. cit.*, pp. 9-10, 16-17.

²⁵ Plauto, *Most.* 775-7: *Alexandrum Magnum atque Agathoclem aiunt maxumas / duo res gessisse: quid mihi fiet tertio, / qui solus facio facinora immortalia?*.

²⁶ Plauto, *Pseudolus* 532.

²⁷ J. Daugel, «L'Asie des poètes latins de l'époque républicaine», *Ktema* 10, 1985, pp. 175-192.

²⁸ P. Ceausescu, «La double image d'Alexandre le Grand à Rome», *Studi Clasice* 16, 1974, p. 153.

²⁹ P. Green, *op. cit.*, pp. 16-17.

²⁶ D. Plácido, «Alejandro y los emperadores romanos en la historiografía griega», *Neronia IV. Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos*, Bruxelles 1990, pp. 60-64; A. Grilli, «Alessandro e Filippo nella filosofia ellenistica e nell'ideologia politica romana», *Alessandro Magno. Tra storia e mito*, Milano 1984, p. 148.

²⁹ P. Green, *op. cit.*, p. 7.

función positiva, ya que la conquista era precisamente el punto de contacto entre Roma y Alejandro. Y aunque, según las fuentes latinas, el rey macedonio se pervirtió al dejarse arrastrar por Oriente, esto sólo ocurrió después de sus campañas militares. Por ello, en cierto modo, podemos afirmar que la imagen de Alejandro en Roma está ligada a las relaciones de Roma con Oriente³⁰ y refleja igualmente un aspecto del conflicto entre esta parte del mundo y Occidente³¹. En este sentido, la conquista del Este, con el entramado propagandístico de la sucesión y la herencia de Alejandro podría ser una de las razones por las que tanto Escipión como otros generales romanos quisieran imitarlo tanto en la conquista del mundo helenístico, como en sus actitudes hacia los griegos³². Parece probable que en el momento en el que se está llevando a cabo una expansión progresiva e inexorable en el ámbito del Mediterráneo oriental surgen en el ánimo de estos estrategas un deseo de acercar su figura a la de otros grandes conquistadores, con rasgos diferentes a los que aportaba el *mos maiorum* tradicional, pero sin alejarse tanto como para no permitir la creación de la nueva síntesis que será el «Alejandro romano».

Suponiendo que Escipión deseara conscientemente practicar la *imitatio Alexandri*, cabría preguntarse con cuál de estas imágenes de Alejandro que acabamos de enumerar podría sentirse más identificado o de cuál podría sacar mayor provecho, según se decidiera a utilizarla en ámbito griego o romano³³. En principio, se puede descartar que el vencedor de Aníbal deseara una aproximación al Alejandro tiránico, pues a pesar de que Escipión manifestara su admiración por el tirano de Siracusa, Agatocles, no lo hacía en cuanto a su posición política, sino recordando sus victorias contra los cartagineses y su fama de hombre valiente, dotado de una *virtus* excepcional. Por ello, respecto a este punto sería preferible hablar de *comparatio* más que de *imitatio* entre ambos generales. Pero, ¿qué decir del Alejandro filoheleno o del Alejandro conquistador? Indudablemente, en ambas imágenes se puede encontrar cierto paralelismo con lo que ya Polibio nos mostraba de la personalidad histórica de Escipión. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que el historiador de Megalópolis sentía una considerable admiración por Alejandro³⁴, lo cual pudo conducirle a retratar a ambos personajes históricos sobre la base del mismo modelo ideológico, lo que justificaría el hecho de que Polibio dedicara a Escipión el calificativo de *Mégas*, igual que a Alejandro³⁵. Pero esto, en nuestra opinión, ha de considerarse también como una *comparatio* y no como una *imitatio*, e incluso

³⁰ P. Ceausescu, *op. cit.*, p. 168.

³¹ *Ibid.*, p. 165.

³² P. Grimal, *Le siècle...*, p. 190, precisamente el asunto de la herencia de Alejandro estaba en plena efervescencia, pues había sido suscitado por Antioco III quien, retomando la política seguida por sus predecesores se proclamaba el legítimo heredero del imperio de Alejandro en Asia.

³³ R. Seguin, «La religion de Scipion l'Africain», *Latomus* 33, 1, 1974, pp. 17-18, se pregunta si Escipión quiso ser tal vez el Alejandro de Occidente.

³⁴ Polibio 9, 28, 8, 34, 1-3. R. M. Errington, «Alexander in the Hellenistic World», *Alexandre le Grand. Entretiens de la Fondation Hardt* 22, Vandoeuvres-Géneve, 1975, pp. 175-177; P. Green, *op. cit.*, p. 10.

³⁵ O. Weippert, *op. cit.*, pp. 37-55 sugiere que la traducción es un simple «*Scipio Maior*».

como una simple práctica elogiosa bastante habitual en la historiografía griega si reparamos en que uno de los calificativos con que más frecuencia regala Plutarco a Escipión al relacionarlo con Catón el Mayor es precisamente el de *Mégas*³⁶.

Escipión pudo sentirse atraído por la faceta filohelenista de Alejandro que probablemente conoció gracias a su estancia en Sicilia³⁷. Sin embargo las peculiares vicisitudes históricas de la isla, perpetuamente acosada por griegos, cartagineses y romanos habían teñido ese filohelenismo de un aire belicista que no tenía nada que ver con la orientalización de Alejandro en su contacto con el imperio persa. No creemos que la admiración de Escipión por la cultura griega o la adopción de vestimentas y costumbres helénicas durante su estancia en Sicilia pueda considerarse como una *imitatio Alexandri*³⁸. El hecho de que el primer Africano optara por la clámide griega en una tierra tradicional de tiranos y que, precisamente, años más tarde se viera enfrentado al Senado, no implica necesariamente que Escipión buscara imitar la adopción por parte de Alejandro de la parafernalia persa, un gesto que ha sido interpretado como la clara aceptación de la monarquía oriental y el abandono de las formas de gobierno tradicionales. Este análisis comparativo es claramente posterior al período de la República media y ha sido desarrollado fundamentalmente por la historiografía moderna, que al tratar de explicar el proceso por el cual el poder supremo en Roma evolucionó hacia una forma monárquica, ha buscado en Escipión un precursor que pueda explicar en forma progresiva esa nueva realidad histórica³⁹. Sin embargo, la predilección de Escipión por las costumbres griegas no representó un gesto de ruptura como lo fue el de Alejandro en Persia, y no puede interpretarse más allá del contexto de la Segunda Guerra Púnica y de la necesidad de apoyo logístico por parte de Escipión para la campaña de África⁴⁰. Por ello, en ningún caso debe verse como el presagio de algo que además, está bajo una fuerte polémica, como es la supuesta aspiración al poder unipersonal por parte de Escipión. En realidad, ateniéndonos a lo que con certeza sabemos que Escipión pudo conocer sobre el macedonio en su época, es decir, la tradición del Alejandro conquistador que nos ofrece Plauto, hemos de considerar que si el vencedor de Aníbal practicó la *imitatio Alexandri* en Roma, hubo de hacerlo identificándose con el papel del conquistador, que además se adecuaba perfectamente a la idiosincrasia romana y a la función pública que Escipión estaba destinado a cumplir⁴¹.

De acuerdo con estos escuetos datos, identificarse con la imagen de Alejandro como conquistador y defensor del mundo griego tendría indudablemente un mayor eco en el

³⁶ Plutarco, *Cat. Maior* 3, 5; 11, 1; 15, 6.

³⁷ L. Braccesi, «L'ambasceria romana ad Alessandro e i progetti occidentali del Macedone», *Alessandro e i romani*, Bologna 1975, pp. 69-72.

³⁸ Tito Livio 29, 19, 11-13; J. L. Ferrary, *Philhellenisme...*, pp. 525-526.

³⁹ J. Vogt, «Vörläufer des *Optimus Princeps*», *Hermes* 1933, pp. 84-92; R. M. Haywood, *Studies on Scipio Africanus*, Baltimore 1933, pp. 86-105.

⁴⁰ Tito Livio 29, 19, 10-13; Valerio Máximo 3, 6, 1; Apiano, *Hann.* 55, 230-231; Casio Dion 17 fr. 62 (57); Zonaras 9, 11, 8.

⁴¹ A. Runni Anderson, «Heracles and his successors», *HSCP*, 39, 1928, pp. 8-37.

espacio mediterráneo que Roma intentaba conquistar que en la propia *Urbs*⁴². Si, según la información de Polibio, Escipión no tenía ningún reparo en utilizar argumentos divinos o humanos para manipular la opinión pública y conseguir así sus fines⁴³, puede que él mismo decidiera preparar el terreno para la campaña contra Antíoco —otro ilustre aspirante a la herencia del macedonio— utilizando el socorrido argumento propagandístico de la sucesión de Alejandro y jalonando su llegada a Asia con significativos gestos que pudieran asociarlo con su ilustre antecesor, de la misma forma que lo harán más tarde los emperadores en sus campañas en Oriente⁴⁴. De este modo habría que entender la propaganda fantástica de la conquista de Carthago Nova o gestos como el del sacrificio que los Escipiones ofrecen a Atenea al desembarcar en el Este, que recuerda a Alejandro rindiendo honores a Atenea de Lindos después de vencer a Darío y adueñarse de Asia⁴⁵. Incluso desde una perspectiva más general, Escipión podría ser el nuevo Alejandro que había defendido al mundo griego siciliota del ataque de los cartagineses que representarían en Occidente el equivalente de los persas en Oriente. Pese a todo, carecemos de datos suficientes para afirmar que Escipión realizara conscientemente la *imitatio Alexandri*, por lo que es probable que las analogías de su campaña en Oriente con la de Alejandro fueran el resultado del afán de los poetas por enaltecerlo⁴⁶.

Esta incertidumbre puede extenderse al resto de las noticias sobre la relación entre las tradiciones de Escipión y Alejandro, ya que no hay indicios para saber qué es lo que pensaba Escipión de la leyenda del macedonio y si su actividad pública era producto de su propia personalidad o de un cálculo político. Si nos atenemos a las posibilidades estrictas de *imitatio Alexandri* que se atribuyen a Escipión, esto es, la toma de Carthago Nova y la leyenda de su nacimiento, hemos de concluir que la primera, sin duda, le dio fama en Oriente, pero ello no prueba que Escipión la utilizara como fórmula de *imitatio*⁴⁷. Por lo que se refiere a la cuestión de la leyenda, parece evidente que la identificación entre ambos personajes es bastante tardía, probablemente de finales de la época republicana, con lo que en ningún caso podría hablarse de *imitatio Alexandri* por parte de Escipión, sino de *comparatio* literaria⁴⁸. De forma general, la opinión de H. Bengtson al respecto parece ser la más determinante, ya que concluye que a pesar de la idea contraria de algunos⁴⁹, no es probable que Escipión viera a Ale-

⁴² D. Michel, *Alexander als Vorbild für Pompeius, Caesar und Marcus Antonius*, Bruxelles 1967, pp. 15 y ss. la *imitatio Alexandri* irrumpe con fuerza en Roma en el siglo I a.C., hasta entonces su predicamento era escaso.

⁴³ Polibio 10, 2-5.

⁴⁴ E. Breccia, «L'eredità di Alessandro Magno e l'impero romano», *ASNS* 1933, pp. 53-67.

⁴⁵ Tito Livio 37, 9, 7; 37, 37, 2, 3; Justino 31, 8, 1-4; J. L. Ferrary, *Philhellénisme...*, pp. 230-231.

⁴⁶ A. Mastrocinque, «P. Cornelio Scipione Africano e la campagna di Siria», *Politica e religione nel primo scontro tra Roma e l'Oriente*, Milano 1982, pp. 101-122; O. Weippert, *op. cit.*, pp. 50-51.

⁴⁷ Polibio 10, 9, 3; F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, T. II, Oxford 1957, pp. 191-220.

⁴⁸ R. M. Haywood, *op. cit.*, pp. 9-29; O. Weippert, *op. cit.*, pp. 39-41.

⁴⁹ H. Bengtson, «Scipio Africanus: Seine Persönlichkeit und seine weltgeschichtliche Bedeutung», *Kleine Schriften zur Alten Geschichte*, München 1974, pp. 401-420.

jandro como modelo de su vida ni que por mucho que conociera la leyenda del macedonio tratara de imitarla⁵⁰.

Respecto a Escipión Emiliano como ejecutor de una posible *imitatio Alexandri* carecemos de noticias claras en las fuentes literarias. De hecho, el grueso de su carrera militar se desarrolló más en Occidente que en Oriente, donde apenas tuvo la experiencia que le dio la participación junto a su padre, Emilio Paulo, en la campaña contra Perseo⁵¹. Sin embargo, la generación que le tocó vivir había comenzado a sufrir una paulatina inmersión en los aspectos más relevantes de la cultura helenística, incluidos sus mitos políticos y militares⁵². A pesar de que Escipión Emiliano no necesitara la figura del Alejandro conquistador para abrir las puertas de Oriente a Roma, lo cierto es que la tradición historiográfica que le atribuye una preocupación cultural superior a la media entre la aristocracia de su tiempo, le capacitó para admirar la cultura del mundo helenístico, adonde acudió en una célebre embajada político-cultural, acompañado del filósofo Panecio, en la que se han querido ver reminiscencias del principio que animaba a Alejandro a conciliar bajo su imperio a Oriente y Occidente⁵³.

2. LA AEMULATIO ALEXANDRI

La larga sombra de la tradición sobre Alejandro era fundamental en cualquier concepto que agrupara las ideas de conquista del mundo, de supremacía militar y de imperio universal⁵⁴. Todo ello acercaba la imagen del macedonio a la del *kosmokrator* o gobernador del mundo, demostrando una ambición que le hizo extender las fronteras de su imperio y le convirtió en un elemento ideal para la imaginación popular que lo veía por encima de las limitaciones humanas⁵⁵. La relación entre las figuras del *kosmokrator* y el conquistador no era, sin embargo, una aportación original de la tradición sobre el macedonio, ya que la idea de monarquía universal había sido aplicada también al imperio de Ciro, en quien supuestamente se inspiraba el propio Alejandro⁵⁶, y después de él, a la acción militar de otros personajes históricos que aspiraban a un reconocimiento similar al de tan grandes conquistadores⁵⁷. Clitarco fue quien reescribió la historia de un Alejandro predestinado, «*deseoso de llevar su imperio a los límites de la oikoumene, transfigurado por las revelaciones del oráculo y desde*

⁵⁰ H. H. Scullard, *Scipio Africanus and the Second Punic War*, Cambridge 1930, pp. 237, 282; O. Weippert, *op. cit.*, pp. 43-49; J. B. Nadeau, *Alexander and the Romans*, Diss. Univ. of Pennsylvania 1959, pp. III-IV; P. Green, *op. cit.*, p. 9; E. Badian, «Discussion», *Entretiens de la Fondation Hardt* XXII, Vandoeuvres - Genève 1975, pp. 215-216.

⁵¹ A. E. Astin, *Scipio Aemilianus*, Oxford 1967, pp. 13-15.

⁵² P. Grimal, *Le siècle...*, pp. 295-346.

⁵³ K. Abel, «Die kulturelle Mission des Panaitios», *AI* 17, 1971, pp. 119-143.

⁵⁴ P. Green, *op. cit.*, p. 15.

⁵⁵ M. Payne, «Alexander der Great: Myth, the Polis and Afterward», *Myth and the Polis*, Cornell University 1991, p. 165.

⁵⁶ CB. Welles, «There have been many Alexanders», *The impact of Alexander the Great*, Pennsylvania state University 1979, p. 13.

⁵⁷ G. Cresci Marrone, *Ecumene Augustea*, Roma 1993, pp. 56, 179.

entonces, invencible, de conquista en conquista, que lega una herencia de gloria y ambición»⁵⁸. El Alejandro de Clitarco buscaba la hegemonía universal y esa idea encontró eco en el mundo helenístico ya que, en cierto modo, enlazaba con las teorías sobre la sucesión de los imperios y podía introducirse como carga ideológica en la vida política y en las relaciones militares de las diferentes potencias mediterráneas a través del elemento propagandístico que suponía la aspiración a la herencia del macedonio.

A pesar de los contactos con el Oriente helenístico, este concepto de imperio mundial no estaba aún maduro en el pensamiento romano del siglo II a.C. y, por eso, lo vemos reflejado en la obra de Polibio como una idea griega que legitima el gobierno romano en el Mediterráneo o que, al menos, pretende explicarlo⁵⁹. Pero el historiador griego no se limita únicamente a adjudicar el imperio mundial a Roma tras la Segunda Guerra Púnica, sino que asocia directamente con este hecho a quien considera uno de sus principales artífices, Escipión Africano el Mayor⁶⁰ y, en menor medida, a su hermano Lucio. Este punto de vista polibiano ha sido retomado por parte de la historiografía moderna, que basándose en la identificación de la idea de la *oikoumene* con la expansión mediterránea de Roma del siglo II a.C., así como en la particularidad de la carrera militar de Escipión desarrollada de forma paralela a ésta, ha alimentado el mito del *kosmókrator* en torno a su figura histórica⁶¹. Por otra parte, teniendo en cuenta la estrecha asociación que la historiografía antigua y moderna ha realizado entre Alejandro Magno y el ideal de gobernador del mundo, y una vez que hemos descartado las posibilidades de *imitatio Alexandri* por parte de Escipión, cabría preguntarse si éste último, supuestamente conocedor de ese aspecto de la tradición sobre el macedonio, se decidió a utilizarlo en su provecho por medio de una *aemulatio* que le reportara beneficios, fundamentalmente, en el terreno militar.

De nuevo, carecemos de cualquier testimonio directo sobre ese posible afán de *aemulatio* de Escipión. En realidad, sólo podemos analizar las posibilidades de esta relación ideológica a través de la imagen que Polibio ofrece de Escipión en sus Historias, en las que dado que el historiador griego consideraba que las Guerras Púnicas habían sido el primer paso en el camino de Roma hacia el dominio universal, por lo tanto, a Escipión, como artífice principal de dicha victoria, podría atribuirse un papel similar al del *kosmókrator*⁶². Pero este punto de vista nos adentra en el terreno de la *comparatio*, más que en el de la *aemulatio*. Precisamente, la entrevista entre Escipión y Aníbal previa a la batalla de Zama que Polibio describe o inventa no es más que la representación idealizada al modo de los *exempla*, del enfrentamiento entre Roma y Cartago por el dominio del mun-

⁵⁸ P. Goukowsky, *op. cit.*, p. 141; M. A. Levi, *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milano 1977, pp. 83-92.

⁵⁹ A. Momigliano, «Polibio, Posidonio y el imperialismo romano», *La historiografía griega*, Barcelona 1984, pp. 226-238.

⁶⁰ Polibio 15, 10, 2.

⁶¹ H. Bengtson, *op. cit.*, pp. 401-420; G. Lepper-Mainzer, *Die Darstellung des Feldherrn Scipio Africanus*, 1982.

⁶² Polibio 10, 2, 9.

do, en el que cada uno de los generales encarna una imagen del mundo o un tipo de dominio para la futura *oikoumene*⁶³.

De entre los dos programas de expansión para Grecia que habían propuesto los intelectuales del siglo IV a.C. y de entre los dos mundos bárbaros, persas y cartagineses, a los que se había dirigido el odio de los griegos, el macedonio comenzó por los primeros. A pesar de ello, Alejandro podía presentarse en Occidente como vengador de los sicilianos frente a los cartagineses, como en Oriente lo era de los griegos contra el persa. Además, también se preocupó de que sus victorias tuvieran eco en Grecia itálica donde incluso se guardó luto por su muerte⁶⁴. La Segunda Guerra Púnica y la pugna entre Roma y Cartago en la que la Magna Grecia tuvo un papel destacado favoreció que los respectivos representantes de ambas potencias, Escipión y Aníbal, fueran asociados con esa parte de la herencia de Alejandro en la que debían asumir un papel de defensores del mundo griego como una forma de legitimación y, por lo tanto, que hasta cierto punto sea posible aceptar la hipótesis de una posible *aemulatio Alexandri*, ya que la adopción de la misma actitud atribuida a Alejandro suponía una garantía de idoneidad para acceder a su herencia⁶⁵. En el contexto de esta pugna propagandística en la que ambos generales tratan de competir por la mayor defensa de la *oikoumene* se explicaría la aparición, en el romance del Pseudo-Calístenes, de la carta de Aníbal a Atenas anunciando su victoria en Cannas, en la que el general cartaginés asume algunos de los rasgos de Alejandro, como el de defensor del mundo griego contra Roma y cuya redacción debe situarse en un ambiente ateniense, con posterioridad al 146 a.C., tras la destrucción de Cartago y Corinto. Sin embargo, el origen ideológico lejano de las ideas contenidas en ese documento, principalmente las referidas a la figura de un «defensor», puede situarse en una tradición antirromana con origen en la Segunda Guerra Púnica⁶⁶ que reutiliza el conocido tema de la propaganda helenística de la libertad de los griegos y representa, en cierto modo, el papel del defensor como una variante legitimadora del *kosmókrator*. Por supuesto, la asunción de papeles de defensa global es una maniobra ideológica comprensible dentro del contexto de pugna por el dominio universal, ya que con ella se pretende justificar la propia representación, así como la conquista militar del «defendido», al que de este modo, se le presenta la dominación como una necesidad moral al objeto de participar en una idea superior, en este caso la *oikoumene*.

No obstante, el dominio de la *oikoumene* era también un tema con connotaciones negativas que fue especialmente fértil en los enfrentamientos entre Roma y Oriente a lo largo de

⁶³ Polibio 5, 33, 4; 8, 1, 3; 15, 9, 2. E. Cabba, «Storiografia greca e imperialismo romano», *RSI* 86, 1974, p. 626.

⁶⁴ M. Sordi, «Alessandro Magno e l'eredità di Siracusa», *Aevum* 1983, pp. 14-23.

⁶⁵ A. Erskine, «Hellenistic monarchy and roman politician invective», *CQ* 41, 1991, pp. 106-120.

⁶⁶ D. Pacella, «Roma e Cartagine nella leggenda di Alejandro», *Studi Classici e Orientali* 34, 1984, pp. 110-113, en cualquier caso, la carta de Aníbal revela el nacimiento de una tradición que quería humillar a los romanos en los hechos y palabras de Alejandro, y a la que la propaganda romana encarnada en la obra de Tito Livio deberá oponerse negando que el macedonio hubiera podido vencer a Roma en un hipotético encuentro. G. Perl, *Roms Auseinandersetzung mit der antirömischen Propaganda in der Zeit der Republik*, Berlin 1965, p. 92.

todo el período republicano. La razón fundamental de ello estriba en que era utilizado por ambos bandos para poner en guardia contra las miras imperialistas del enemigo. Por ejemplo, Antíoco intentó en el 190 a.C. la alianza con Prusias de Bitinia afirmando que los romanos venían para destruir el ideal monárquico y sustituirlo por el *imperium romanum*⁶⁷. La indudable fuerza de estos escarceos propagandísticos se demuestra por el hecho de que Polibio cita una carta de los Escipiones al rey bitinio, que es una prueba evidente del intento de oponer la fama de ambos hermanos en el mundo helenístico, fundamentalmente la del Africano Mayor, a los dos grandes temas de la propaganda antirromana tradicional en esta época: el dominio ilegítimo de la *oikoumene* por parte de Roma y su deseo de destruir el régimen monárquico⁶⁸. Para ello, el historiador griego ejemplifica a través de la experiencia político-militar de los dos Cornelios en los diferentes escenarios de la expansión mediterránea la actitud de Roma hacia las monarquías. Todo ello, a nuestro entender, pone en evidencia, por un lado, la voluntad de introducir a ambos Escipiones en la vorágine propagandística del mundo helenístico por parte de la propia Roma, que necesitó, en su momento, de la fama «regia» del vencedor de los cartagineses tras los sucesos posteriores a la toma de Carthago Nova⁶⁹; y, por otro, demuestra la habilidad de la reelaboración literaria por parte de Polibio de la campaña oriental, en la que Publio y Lucio Cornelio Escipión representarían una *oikoumene* tolerante hacia los centros tradicionales de poder del mundo helenístico. Por lo tanto, teniendo en cuenta las necesidades propagandísticas de la época, así como los datos que poseemos fundamentalmente a través de la obra polibiana, modelados por los intereses del historiador, en nuestra opinión, el estudio de una posible *aemulatio Alexandri* por parte de Escipión debería centrarse en torno a sus intentos, verosímiles o no, por retomar el papel propagandístico de defensor del mundo griego que Alejandro había asumido supuestamente tanto en Oriente como en Occidente, y cuya finalidad sería la de justificar el dominio mundial, en este caso de Roma, y su propio papel de *kosmókrator*.

Las maniobras ideológicas de recurso a las ideas de protección y defensa utilizadas por los diferentes generales a lo largo de la contienda deben ser entendidas en el contexto de la Segunda Guerra Púnica. Ya hemos visto cómo el propio Aníbal, quien asumía un supuesto interés previo de Alejandro por los itálicos con objeto de atraerlos a su causa, aprovechó lo que las fuentes antiguas definen reiteradamente como «momentos de angustia», para desplegar una actividad propagandística a la que el público era entonces particularmente sensible⁷⁰. Frente a él, las mismas ideas se tejen en torno a la figura de Escipión, cuya actitud filohelenista durante su estancia siciliana previa al desembarco en Africa se justificaría, pese a la

⁶⁷ *Orac. Sibyll.* III, 178.

⁶⁸ A. Mastrocinque, *Manipolazione della storia in età hellenistica: i Seleucidi e Roma*, Roma 1983, pp. 122-123.

⁶⁹ Polibio 10, 40. 1-9; Tito Livio 27, 19, 3-5.

⁷⁰ Polibio 3, 77. A. Erskine, «Hannibal and the freedom of the Italians», *Hermes* 121, 1, 1993, p. 59; L. Braccisi, «Roma e Alessandro il Molosso nella tradizione liviana», *Alessandro e i romani*, Bologna 1975, pp. 117-123; P. Crimal, *Le siècle...*, p. 39.

irritación de Fabio Máximo, por el intento de *aemulatio* del papel protector de Alejandro respecto a los griegos de Occidente⁷¹. En este caso, cabría considerar la posibilidad de que Escipión tomara contacto con las ideas de la *oikoumene* y de la defensa de la libertad de los griegos gracias a la propaganda difundida en la Magna Grecia durante la guerra anibálica. Sin duda, Escipión tendría un mayor éxito que su homólogo cartaginés, ya que, mientras que para los itálicos el concepto griego de libertad que les prometía Aníbal no significaba nada, para los sicilianos, la propaganda de la *eleutheria* podía tener su efecto, ya que reflejaba las aspiraciones tradicionales de quienes se consideraban griegos⁷². Por otra parte, ese recurso a la libertad había sido el motivo propagandístico dominante en la confrontación entre los cartagineses y Agatocles, al que Escipión decía admirar⁷³, lo cual, unido al hecho de que el general romano adoptara la indumentaria griega y se dedicara a actividades típicas de la *scholé* griega, puede interpretarse como una intención del propio Escipión de asociar su figura a la del tirano siracusano y relacionar ese antiguo enfrentamiento con los cartagineses con el que él mismo se disponía a emprender, intentando propiciar una actitud favorable de los sicilianos a la invasión y asumiendo al mismo tiempo una postura de defensa de los intereses de los griegos itálicos, de la misma forma en la que lo había hecho el famoso tirano. Sin embargo, y a pesar de que hemos mencionado que Alejandro se presentó igualmente como valedor de los griegos itálicos, Escipión prescinde de él, por lo que la posibilidad de una *aemulatio Alexandri* se convierte en algo altamente especulativo.

Como hemos visto, aunque sea difícil encontrar evidencia de una *aemulatio Alexandri* entre los Escipiones, a nuestro entender, tal vez sí pueda hablarse de cierta complacencia con la figura del conquistador-*kosmókrator*. Es evidente que las carreras militares de ambos Africanos, desarrolladas a lo largo y ancho del Mediterráneo, estuvieron determinadas por las circunstancias de la política exterior romana entre los siglos III y II a.C., pero creemos que hay indicios en ambos casos que prueban la influencia de ese ideal de hegemonía mundial, e incluso de cierta voluntad de alcanzar la categoría de *kosmókrator*. Pero, aun y todo, en esta interpretación no podemos olvidar la poderosa influencia de la versión polibiana del acceso de Roma al dominio mundial en el que la caída de Cartago juega un papel clave⁷⁴. Evidentemente, tanto para el Africano Mayor como para el Menor, las sucesivas derrotas de Cartago en la Segunda y Tercera Guerra Púnica respectivamente, supusieron un punto de inflexión que les permitió sobrepasar el *status* de otros *impe-ratores* romanos. Igualmente, la caída de Cartago en el 202 a.C. y en el 146 a.C. puso a ambos Africanos ante la perspectiva de la hegemonía mundial, pero es difícil evaluar hasta qué punto esto era una opción consciente e ideológicamente desarrollada con base en

⁷¹ L. Braccési, «L'ambasceria...», p. 66.

⁷² A. Erskine, «Hannibal...», p. 60.

⁷³ Polibio 15, 35.

⁷⁴ Polibio 15, 9, 2.

la teoría de la *oikoumene* y el mito de Alejandro⁷⁵, o, más bien, se trata simplemente de una interpretación de los hechos por parte de la historiografía moderna, basada en el certero e influyente análisis de Polibio.

A pesar de todas estas objeciones, creemos que Escipión Africano el Mayor tuvo ocasión de demostrar cierta afinidad con el papel de *kosmókrator* a lo largo de la campaña en Oriente en la que actuó como legado de su hermano Lucio. Incluso, cabe la posibilidad de que el propio Publio se diera cuenta de lo que la caída de Cartago significaba como llave para el dominio universal e, influido por el *exemplum* de Alejandro y las ideas sobre el imperio mundial que había conocido durante su estancia en Sicilia, decidiera impulsar la conquista de Oriente como una forma de completar su *aemulatio Alexandri* personal como gobernador del mundo, a la vez que proporcionaba definitivamente a Roma la hegemonía universal. Por otra parte, el interés que las fuentes literarias atribuyen a Publio por conseguir el mando militar en dicha campaña, a pesar de las dificultades legales, y la obtención del *imperium* finalmente por parte de su hermano Lucio, hecho que la historiografía moderna atribuye a las maniobras del primero⁷⁶, podrían ser la base teórica de una posible *aemulatio*, en el sentido de que, una vez conquistado Occidente, Escipión se aprestaba a dar el salto a Oriente. No obstante, en contra de esta interpretación hemos de objetar que, en nuestra opinión, está basada en el ensombrecimiento del protagonismo histórico de Lucio Cornelio Escipión en la campaña de Oriente, alimentado por el hecho de que la mayoría de la historiografía moderna considera que su elección para el mando de la guerra contra Antíoco era, en realidad, una forma encubierta de enviar allí al Africano Mayor, quien, como sabemos, no podía ser reelegido cónsul en razón de la normativa de acceso a las magistraturas⁷⁷. De esta forma, se minusvalora injustamente su notable actuación durante la guerra contra Aníbal, su actividad en el gobierno de Sicilia⁷⁸, la firmeza en la dirección de las operaciones militares contra el rey seléucida⁷⁹, que le valió el sobrenombre de Asiágeno; y, además, se olvida que tanto las noticias epigráficas⁸⁰ como su imagen monumental lo muestran como un hombre respetuoso con las «libertades» griegas⁸¹, lo cual le acre-

⁷⁵ N. G. L. Hammond, *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*, Madrid 1992, pp. 393-399.

⁷⁶ Esta interpretación está basada a su vez en una noticia transmitida por Cicerón, según la cual, corría el rumor de que Lucio Cornelio Escipión era un hombre de escaso coraje y valía, *Phil.* 11, 17; H. H. Scullard, *Scipio Africanus*... pp. 190-200.

⁷⁷ W. Schur, *Scipio Africanus und die Begründung der römischen Weltherrschaft*, Leipzig 1927, pp. 79-87.

⁷⁸ E. Badian, «Wilson. Emigration from Italy in the republican age of Rome», *Gnomon* 39, 1967, p. 94, n. 1, basándose en las dificultades de lectura de la inscripción, hoy perdida, contradice la opinión de T. Mommsen quien la leyó atribuyéndola a L. Cornelius en torno al 193 a.C. y propone una fecha más tardía, alrededor del 78 a.C. en que podría identificarse con L. Sisenna, pretor e historiador.

⁷⁹ J. P. D. V., Balsdon, «L. Cornelius Scipio: A salvage operation», *Historia* 21, 1972, pp. 224-234.

⁸⁰ R. M. Haywood, *op. cit.*, pp. 61-62; M. Holleaux, «La lettera degli Scipioni agli abitanti di Colofone a Mare», *RFIC* 11, 1924, pp. 22-29; J.L. Ferrary, *Philhellénisme et...*, p. 155.

⁸¹ Cicerón, *Pro C. Rab. Post.* 26; Tito Livio 39, 22, 10. M. Pape, *Griechische Kunstwerke als Kriegsbeute und ihre öffentliche Aufstellung in Rom*, Hamburg 1975, p. 11.

ditaría los méritos suficientes para aspirar al codiciado título de defensor del helenismo y para convertirse también en un posible sucesor de Alejandro.

Probablemente, lo que tanto Lucio como la propia Roma necesitaban del poderoso Publio era su fama. De hecho, las noticias literarias más significativas en torno a la actuación del Africano Mayor en Oriente no destacan ningún aspecto de su actividad militar, que se reveló más bien escasa, sino que se limitan a señalar que en el momento de la batalla decisiva en Magnesia, el vencedor de Aníbal se retiró voluntariamente a la orilla opuesta aduciendo motivos religiosos y cedió así el protagonismo final a su hermano Lucio⁸². Por otra parte, si examinamos detalladamente la actividad política desarrollada por Publio en Asia comprobamos que ésta consistió fundamentalmente en representar su propia leyenda, tal y como lo prueba la carta enviada al rey Filipo de Macedonia en la que Escipión explica los sucesos de Carthago Nova de forma racional, demostrando con ello que en Oriente circulaba interesadamente la versión fantástica de la toma de la ciudad hispana⁸³.

Pero la fama de Escipión aún tuvo una mayor utilidad. Lógicamente, el Oriente helenístico, escenario de la campaña contra Antíoco, era un terreno especialmente fértil para las asociaciones con Alejandro. Es evidente que cualquier jefe militar que llegara a Grecia con pretensiones de conquista debía probar su valía con la del macedonio o, en cualquier caso, resistir la comparación. La verdadera herencia política de Alejandro no estaba en Macedonia, sino en los países conquistados, donde el macedonio era el modelo según el cual un jefe de guerra podía adquirir gracias a sus victorias un nivel de excepcionalidad que lo elevaba por encima de los hombres y lo situaba al nivel de los dioses⁸⁴. Precisamente por ello, cabría especular sobre la necesidad de una *aemulatio* que permitiera acercar la celebridad de Escipión a la leyenda de Alejandro y en cierto modo, legitimara la conquista de Oriente después de la de Occidente. De este modo, la fama de Escipión como conquistador de Occidente servía a los intereses de Roma ya que le permitía reclamar la herencia de una *oikoumene* que había asumido la tradición de Alejandro como una forma de legitimar su conquista de Grecia y Oriente.

* * *

El caso de Escipión Emiliano era inverso al del Africano Mayor, ya que si éste último había comenzado su vida militar y su leyenda en Occidente, concretamente en Hispania, el hijo de Emilio Paulo había recibido su bautismo de fuego en la campaña que su padre llevó a cabo contra Perseo y en la que paralelamente había comenzado la leyenda que Polibio elaboró en torno a él haciendo de la afición a la caza del joven romano el paradigma de sus virtudes

⁸² Polibio 21, 13, 9-14.

⁸³ Polibio 10, 9, 3.

⁸⁴ P. Goukowsky, *op. cit.*, pp. 103-104.

«monárquicas»⁸⁵. Sin embargo, al igual que en el caso de su abuelo, Cartago se convirtió también en el punto de inflexión de su carrera política y militar, aunque con una diferencia fundamental ya que si bien el vencedor de Aníbal conoció la figura del *kosmókrator* al mismo tiempo que ésta se introducía en Roma, Escipión Emiliano se enfrentaba a una idea más desarrollada, que había adquirido ciertos matices en contacto con anteriores *imperatores* romanos y que la propaganda filorromana se había esforzado en identificar con el imperio de Roma. Además, el episodio de las lágrimas derramadas ante la recién destruida Cartago, así como la misma tutoría del griego Polibio revelan que el joven Emiliano se movía en un contexto cultural y propagandístico en el que este arquetipo era mucho más conocido⁸⁶.

En realidad, carecemos de datos que puedan certificar la existencia de una *aemulatio Alexandri* por parte del Africano Menor. Algunos historiadores han interpretado como un indicio de esta tendencia el célebre gesto de Escipión Emiliano, tras la destrucción de Cartago en el 146 a.C., en el que devuelve a la ciudad de Siracusa las estatuas que los púnicos habían robado como botín de guerra⁸⁷. El texto ciceroniano, que es el más extenso al respecto, no permite esta interpretación, ya que su intención es la de utilizar la anécdota para ilustrar los problemas internos de la República y no para ensalzar la gloria de conquistador de Escipión Emiliano⁸⁸. Sin embargo, parece evidente que, en cualquier caso, fue un gesto helenístico, inusual, como el propio Arpinate se encarga de señalar, dado el afán de otros *imperatores* de hacer exhibición pública de su fama exponiendo cuantiosos botines en las calles de Roma⁸⁹. Todo ello indica una vez más la proximidad de la figura de Escipión Emiliano de modelos culturales pertenecientes al mundo helénico. Quizás fuera esta proximidad, unida a un deseo personal de *imitatio* del Africano Mayor, junto con un impulso propio de conquistador, lo que justificaría cierta voluntad de Escipión Emiliano por extender el ámbito de su propia acción militar a todo el territorio de la *oikoumene*, acercándose de este modo, a la figura del *kosmókrator*. Es más, uno de los pocos testimonios del siglo II a.C. referidos al dominio del mundo se recoge en la *laudatio funebris* que Q. Fabio Máximo dedica a su hermano Escipión Emiliano: «*Necesse enim fuisse ibi esse terrarum imperium ubi ille esset*»⁹⁰. También en este contexto se explicaría la cita de Polibio, recogida por Apiano, según la cual, Escipión Emiliano, tras la caída de Cartago, mostró un interés especial por las noticias sobre Bretaña, una zona con la que Cartago mantenía relaciones comerciales y cuya situación occidental habría excitado proba-

⁸⁵ Polibio 31, 29-30. J. Aymard, *Les chasses romaines des origines à la fin du diècle des Antonins*, Paris 1951, pp. 54-57.

⁸⁶ G. Wirth, «Alexander und Rom», *Entretiens de la Fondation Hardt XXII*, Vandoeuvres-Génève 1975, pp. 181-221.

⁸⁷ Cicerón, *In Ver.* 2, 86. E. Torregaray, «Contribución al estudio de la memoria como instrumento en Historia Antigua: la transmisión de la memoria de los *Cornelii Scipiones*», *Latomus* 2002, 61, 2, 2002, pp. 295-311.

⁸⁸ A. Vasaly, *Representations. Images of the World in Ciceronian Oratory*, University of California Press 1993, pp. 117-120.

⁸⁹ J. Stambaugh, *The ancient roman city*, Baltimore 1988, pp. 24, 29, 38-39.

⁹⁰ H. Malcovati, *ORF*, p. 199; Cicerón, *Mur.* 75.

blemente la curiosidad de Escipión, quien ya tenía experiencia militar en Oriente y África⁹¹. Además, según F. Walbank, Polibio era helenocéntrico y sólo se interesaba por el Oeste cuando los Escipiones hacían lo propio⁹². De hecho, el propio historiador griego llegó a Gades enviado por Escipión Emiliano poco después de la destrucción de Cartago en el 146 a.C. desde donde partió en una expedición destinada a reconocer las antiguas colonias púnicas⁹³.

En esta línea argumentativa, según la cual la carrera militar del Africano Menor podría revelar un cierto deseo consciente de completar la *oikoumene* y convertirse así en *kosmókratōr*, cabría interpretarse el notorio interés de Escipión por la guerra de Hispania, que, en nuestra opinión, va más allá de la simple comodidad de reclutamiento que parte de la historiografía moderna aduce como causa principal de las motivaciones del joven Emilianino, teniendo en cuenta las privilegiadas relaciones entre la *gens Cornelia* y la Península Ibérica⁹⁴. Entre otras muchas, las razones de dicho interés por Hispania del joven Escipión se cifran, según creemos, en que éste era un territorio especialmente significativo para la *gens Cornelia*, principalmente debido a cuestiones simbólicas⁹⁵. Por un lado, la dureza de la guerra hispana era un campo de pruebas para los militares romanos en general, pero tradicionalmente los Escipiones habían demostrado su *uirtus* en él⁹⁶. Por otra parte, a partir del momento de la toma de Carthago Nova por parte del primer Africano y especialmente en el mundo helenístico, Hispania había representado la confirmación de la conquista de Occidente y, por lo tanto, el acceso a la *oikoumene* y al papel de *kosmókratōr*. Tampoco debemos olvidar que fue en Hispania donde dos grandes Escipiones, Publio y Cneo, murieron en el transcurso de la Segunda Guerra Púnica pasando a formar parte de una tradición que los tipifica como el máximo ejemplo de dedicación a la patria, «*dulce et decorum est pro patria mori*...»; incluso los descendientes de Cneo llegaron a portar el *cognomen* de *Hispanus*⁹⁷, lo cual, contemplado desde la perspectiva global de los *cognomina* de la familia creaba cierta imagen de patrimonialización de la *oikoumene* en la que eran los Escipiones como

⁹¹ Estrabón 4, 2, 1. P. Dion, *Aspects politiques de la géographie antique*, Paris 1977, pp. 272-273; Y. Roman, «Auguste, l'Océan atlantique et l'impérialisme romain». *Ktema* 8, 1983, pp. 253-260.

⁹² F. W. Walbank, «Polybius between Greece and Rome». *Polybe, Entretiens de la Fondation Hardt XX*, Vandoeuvres 1974, pp. 35-36.

⁹³ Estrabón 3, 168-175; J. Gagé, «Gades, l'Inde et les navigations atlantiques dans l'Antiquité», *RH* 205-206, 1951, p. 209, parece que tanto Polibio como Posidonio visitaron el *Herakleion* de Gades.

⁹⁴ A. E. Astin, *Scipio*... pp. 35-47; S. Crespo Ortiz de Zárate, «Hispania en la onomástica romana de la Península Ibérica como expresión de relevancia social», *Studia Historica. Historia Antigua IX*, 1991, pp. 89-98; M. A. Levi, «Inizi di Scipione Africano e di una età di cambiamento», *DHA* 23/1, 1997, pp. 145-153.

⁹⁵ J. Martínez Gázquez, «Hispania en las tradiciones de una *gens* romana (la de los Catones)», *Hispania Antiqua* 4, 1974, p. 75, afirma que la campaña de Catón en Hispania le permitió encumbrarse, ponerse en pie de igualdad con los Escipiones y utilizarla como fuente de orgullo para las sucesivas generaciones catonianas.

⁹⁶ J. M. Roddaz, «Les Scipions et l'Hispanie», *REA* 100, 1998, 1-2, pp. 341-358; W. Brewitz, *Scipio Africanus Maior in Spanien*, Tübingen 1914.

⁹⁷ A. Canto, «*Ilorci, Scipionis rogus* (Plinio, *N. H.* III, 9) y algunos problemas de la Segunda Guerra Púnica en Hispania», *BSA* 1999, pp. 159-162 propone que los monumentos fúnebres de los dos Escipiones pudieron levantarse en Hispania.

familia quienes se identificaban con el concepto de conquista mundial⁹⁸. De ahí precisamente vendrá también la idea, sugerida por Polibio, de que los Escipiones podían representar el dominio de Roma, puesto que si ellos se identificaban con la extensión de la hegemonía universal y ésta, a su vez, pertenecía a Roma, los Escipiones pasaban a encarnar, lógicamente, el símbolo de Roma.

Siguiendo esta reflexión podemos afirmar que la ratificación de Escipión Emiliano como candidato a *kosmókrator* tras los pasos de Alejandro se produciría definitivamente gracias a su éxito en la guerra hispana, jalonada de ciertas anécdotas que convenientemente narradas confirmaban su identificación con el arquetipo helenístico. Por ejemplo, Polibio recoge un destacado episodio, acontecido en la Celtiberia, según el cual Escipión Emiliano se enfrenta en monomaquia a un jefe celta, a la vista de ambos ejércitos, como una forma de medir las fuerzas respectivas⁹⁹. Indudablemente, el episodio evoca el duelo entre Alejandro y Darío, pero, sobre todo, y narrado desde el punto de vista de un griego, significa, como veremos más adelante, la afirmación del caudillismo del jefe militar por encima de la colectividad del ejército, lo cual, por otra parte, proporciona a Escipión la oportunidad de gloria que le permite reafirmarse como jefe militar y, por ende, como conquistador.

3. LA COMPARATIO ALEXANDRI

Dado que carecemos de indicios concretos que confirmen la existencia de una *imitatio* o *aemulatio Alexandri* por parte de los principales Escipiones, ni a lo largo de la obra de Polibio, ni en ninguna otra fuente de la época, hemos de concluir que todo parece limitarse a una simple comparación de gestos, comportamientos e incluso de paralelismos entre situaciones¹⁰⁰, por lo cual, mejor que de *imitatio* o *aemulatio* habría que hablar de *comparatio Alexandri*. Desde un punto de vista cuantitativo, el mayor número de referencias a la existencia de tal fenómeno se produce cuando se encuentran llamativas similitudes entre la tradición historiográfica sobre el macedonio y la del primer Africano. En este caso, la equiparación entre su figura histórica y la del rey de Macedonia nacería del deseo de ciertos historiadores y poetas de ver en Escipión un nuevo Alejandro, lo cual les hacía percibir analogías entre ambos personajes donde, sin embargo, no aparecía voluntad histórica clara por parte de Escipión de *imitatio* o *aemulatio*¹⁰¹. De este modo, comenzó a producirse un trasvase entre la leyenda de Alejandro y la de Escipión, favorecido por el contexto ideológico de esta época en la que el mundo helenístico se mostraba fascinado por un aspecto peculiar de Roma: su potencia y capacidad de lucha, es decir, su *virtus* guerrera. Como bien señala S. Mazzarino, precisamente entre los siglos III y II a.C. habían aparecido los grandes milagros de la nueva historia: el hombre Ale-

⁹⁸ Diodoro 34/35, 33.

⁹⁹ Polibio 35, 4, 12.

¹⁰⁰ O. Weippert, *op. cit.*, p. 38; G. Wirth, *op. cit.*, p. 184.

¹⁰¹ O. Weippert, *op. cit.*, pp. 49-51.

jandro y la ciudad Roma¹⁰². La leyenda del macedonio se constituirá en uno de los puntos de unión de ambos mundos transformando el imperio mediterráneo de Roma en un concepto realmente universal.

El aspecto más notable de la *comparatio* entre las figuras de Alejandro y el primer Africano era, sin duda, el referido a la leyenda que, respectivamente, les atribuía un origen divino y que, además, contenía evidentes elementos comunes¹⁰³. Los principales eran aquéllos que trataban del nacimiento milagroso de ambos conquistadores y, en menor medida, de las visitas al «padre» en busca de consejo para acciones futuras. Zeus Amón en el caso de Alejandro y Júpiter en el de Escipión¹⁰⁴. También se consideraba muy llamativo el hecho de que ambos hubieran alcanzado semejante éxito en plena juventud¹⁰⁵, lo cual era estimado como una prueba evidente de que los dos personajes pertenecían al reino escogido de los favoritos de la Fortuna. No debemos olvidar que Alejandro era el modelo según el cual un jefe de guerra podía adquirir, gracias a sus victorias, un prestigio que lo elevaba por encima de los hombres y lo situaba al nivel de los dioses¹⁰⁶. En general, es a partir de época imperial, es decir, en el momento en el que se asienta el bloque jovio de la leyenda escipiónica, cuando primero Tito Livio y, más tarde, Silio Itálico y Aulo Gelio, evocan la tradición del nacimiento de Alejandro comparándola con la que circulaba con respecto a Escipión¹⁰⁷. Parece que puede establecerse cierta relación entre el impulso que la leyenda escipiónica tomó en época augustea y la importancia que Tito Livio da a la *comparatio* entre ambas tradiciones; sin embargo, el florecimiento de este nuevo relato parece ser más tardío y centrado en el ámbito de la tradición épica o, en cualquier caso, en las biografías idealizadas del primer Africano¹⁰⁸. En esta nueva versión, Pomponia, madre del futuro vencedor de Aníbal, ocupa el papel de Olimpia y tiene un sueño en el que es fecundada por una serpiente, símbolo del padre de los dioses. Aunque las fuentes literarias presentan diversas variantes de la anécdota, en realidad, se trata de un *tópos* bastante extendido en la historiografía antigua con el cual se anunciaba la llegada de un gran conquistador¹⁰⁹. La inclusión de dicho episodio fantástico en la biografía de un hombre como Escipión suponía la ratificación de ese *status* de cara a la tradición épica o historiográfica, en la que el primer Africano llegará a encarnar este ideal no sólo desde el punto de vista

¹⁰² S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Bari 1972, p. 55.

¹⁰³ A. Guzmán Guerra, F. J. Gómez Espelosin, *Alejandro Magno. De la historia al mito*, Madrid 1997, pp. 203-258.

¹⁰⁴ A. Runni Anderson, *op. cit.*, p. 32; C. J. Classen, «Gottmenschentum in der römischen Republik», *Gymnasium* 70, 1963, 315-321.

¹⁰⁵ P. Green, *op. cit.*, p. 4.

¹⁰⁶ P. Goukowsky, *op. cit.*, pp. 103-104.

¹⁰⁷ Tito Livio 26, 19, 6-9; Silio Itálico, *Pun.* 13, 641-643; Aulo Gelio 6, 1: «*Quon de Olimpiade, Philippi regis uxore, Alexandri matre, in historia Graeca scriptum est, id de P. quoque Scipionis matre qui prior Africanus appellatus est memoriae datum est.*».

¹⁰⁸ P. Green, *op. cit.*, p. 7-9; O. Weippert, *op. cit.*, p. 44, cree que la mayor parte de la leyenda de Escipión moldeada sobre la de Alejandro es tardía y retrospectiva, aunque probablemente Polibio la conocía ya en el 150 a.C..

¹⁰⁹ H. H. Scullard, *Scipio...* pp. 20, 237; Pausanias 4, 14, 7; 2, 10, 3.

ideológico, sino también como biotipo, ya que Tito Livio, al igual que sucedía con Alejandro, describe a Escipión como una persona de un aspecto físicamente impresionante, con una larga melena, símbolo de la fuerza y la plenitud¹¹⁰. Evidentemente, el hecho de que la leyenda de Escipión tomara aspectos particulares de la del conquistador macedonio sugiere la existencia de cierta voluntad de presentar al romano, fundamentalmente en el mundo helenístico, como un nuevo Alejandro¹¹¹.

Sin embargo, si nos atenemos a las noticias de Aulo Gelio, fueron dos historiadores latinos, C. Oppio y J. Hyginio, quienes recogieron esta leyenda y la incluyeron en sus respectivos relatos de la vida de Escipión. A pesar de ello, el mismo Aulo Gelio no deja de señalar que la leyenda sobre la divinidad de Escipión no se basaba en estos rumores más o menos falsos e intencionados, sino en sus hechos, principalmente de armas: «*Sed et cum inpendio magis ex rebus gestis quam ex illo ostento uirum esse uirtutis diuinae creditum est.*»¹¹². El propósito de establecer una *comparatio* entre Alejandro y Escipión, precisamente en la cuestión de la leyenda, y además en torno al nacimiento milagroso, indicaba una clara intención, por un lado, de introducirlo en el elenco de grandes conquistadores, y, por otro, de conceder a su providencialidad una genealogía adecuada que permitiera encontrar precedentes a la existencia de un jefe militar de origen divino. Además, en el plano ideológico, asociar las figuras del conquistador macedonio y la del romano suponía identificarlo con el dominio mundial, por eso, no es de extrañar que las referencias a la *comparatio* se hagan más numerosas a partir de época augústea, ya que se trataba de presentar a Escipión como un nuevo Alejandro, concretamente como un Alejandro romano. El hecho de que a partir de la obra de Tito Livio se considere a Escipión como el principal responsable de ese dominio mundial de Roma, unido a la tradición de providencialidad que rodeaba su figura, contribuyeron a favorecer la identificación del primer Africano con quien había precedido a Roma en el dominio de la *oikoumene* y, a él mismo, en el papel de *kosmókrator*.

Desde el punto de vista griego, esta identificación no representaba ningún problema e incluso podía llegar a ser beneficiosa, ya que contribuía a la legitimación del dominio romano en los reinos helenísticos en una pugna codo con codo por la «sucesión» del imperio macedónico. El único modo de afirmar la supremacía romana con el consenso de los griegos era ofrecer un *condottiero* digno o superior a Alejandro y ése era el caso del Africano Mayor que se presentaba en Grecia como el conquistador de Cartago Nova y vencedor de Cartago, ambos símbolos de Occidente. En opinión de A. Mastrocinque se trató de demostrar que Escipión era más grande que Aníbal, Alejandro y Pirro, es decir, que era el

¹¹⁰ Tito Livio 28-35, 6. A. Guadán, *Comentario histórico-numismático sobre la campaña de Escipión en Hispania entre 210-205*, Barcelona 1974, p. 8, n. 13.

¹¹¹ A. Mastrocinque, *op. cit.*, p. 158; O. Weippert, *op. cit.*, p. 44. Polibio no cita el tópico de la serpiente porque le parecía indigna la manipulación del mismo; G. Wirth, *op. cit.*, pp. 185-186; P. Langer, «Alexander the Great at Siwah», *The Ancient World* IV, 3-4, 1981, pp. 109-127.

¹¹² Aulo Gelio 6, 1.

conquistador de los conquistadores¹¹³. Pero, sobre todo, la fuerza de su *comparatio* con Alejandro residía en que compartía con él su condición de invicto¹¹⁴, que había valido al rey su «título» de *aníketós*, otorgado por el oráculo de Delfos y uno de los epítetos más habituales para referirse al macedonio¹¹⁵. Además, como a él, esta condición le proporcionaba un carisma especial porque, en cierto modo lo convertía en favorito de la Fortuna¹¹⁶.

Por la parte romana, el asunto era más problemático, porque, si bien la equiparación con el conquistador macedonio podía halagar a los *imperatores* romanos, la tradición de Alejandro no dejaba de presentar ciertos rasgos que por su novedad, ofrecían cierta dificultad de adaptación a los términos romanos. Sin embargo, la incorporación de Roma al elenco tradicional de los imperios con la consiguiente conversión de sus más destacados *imperatores* en conquistadores suponía un problema que refleja muy bien esta cita de S. Weinstock «... every great conqueror, then and ever since, was by necessity following the path of Alexander»¹¹⁷, lo que, en cierto modo, hacía inevitable la confrontación con Alejandro. Pero el macedonio no había sido un conquistador cualquiera, sino que encarnaba la figura del *kosmókrator*, es decir, del dominador universal, principalmente porque el despliegue de la leyenda de los proyectos occidentales tras su muerte había propiciado la tendencia, cada vez más extendida, a considerar al macedonio como el impulsor de la unión entre Oriente y Occidente¹¹⁸. Esta parte del arquetipo del monarca helenístico era particularmente atractiva para la historiografía romana, en especial la de época imperial, y encajaba perfectamente con la función que se asignaba a los dos Africanos, principalmente al primero, desde un punto de vista propagandístico¹¹⁹. Teniendo en cuenta que la tradición retórica resaltaba continuamente el hecho de que Escipión había proporcionado a Roma los imperios de Cartago y Oriente, así como la conquista de Hispania, esta síntesis de su carrera pública le identificaba, sobre todo a partir de época augústea, con el dominio de la *oikouménē*. Por lo tanto, en la medida en la que la figura de Escipión adquiere paulatinamente los rasgos del *kosmókrator*, ésta se acerca cada vez más al paradigma encarnado por

¹¹³ A. Mastrocinque, *Manipolazione della storia...*, p. 158.

¹¹⁴ Ennio Vahl, 3 v., Plauto, *Mil.* 57; *Most.* 775; Cicerón, *In Verr.* 4, 82. S. Weinstock, «Victus and Invictus» *HThR* 50, 1957, pp. 221-223, Escipión tuvo el apelativo de *invictus* y no de *victus* lo cual ciertamente le acercaba a la tradición de Alejandro; M. Jacynowska, «La genesi repubblicana del culto imperiale. Da Scipione l'Africano a Giulio Cesare», *Athenaeum* 63, 1985, p. 286.

¹¹⁵ W. W. Tarn, *Alexander the Great*, vol. II, Cambridge 1948, pp. 338-346.

¹¹⁶ J. R. Fears, «The theology of Victory at Rome», *ANRW* II, 17, 2, pp. 778-783; A. Mastrocinque, *op. cit.*, p. 158.

¹¹⁷ S. Weinstock, *op. cit.*, p. 236; P. Green, *op. cit.*, p. 1.

¹¹⁸ C. Aniotti, «Alessandro Magno e il mito troiano di Licofone», *Alessandro Magno. Tra storia e mito*, M. Sordi ed., Milano 1984, pp. 116-119, en contra de L. Braccesi, el autor cree que la superación del prejuicio de Heródoto e Isócrates, es decir, la separación entre Asia y Europa a causa de la guerra de Troya, no se hizo por la consideración de Roma como *polis hellenis* y la racionalización de los orígenes romanos por parte de los pensadores del siglo IV a.C., sino por la reivindicación de la descendencia troyana que Alejandro tenía por parte materna y que había relanzado en colaboración con Alejandro el Moloso.

¹¹⁹ P. Treves, *Il mito di Alessandro e la Roma di Augusto*, Milano-Nápoli 1953, pp. 13-25.

Alejandro en el mismo sentido¹²⁰. Sólo desde la perspectiva de este proceso cabrían interpretarse ciertas hipótesis de la historiografía moderna que equiparan la faceta del Alejandro fundador de ciudades con la del Escipión, promotor del enclave de Itálica¹²¹, atribuyéndole objetivos similares, en el sentido de que el conquistador de Carthago Nova pretendiera iniciar en Hispania el mismo tipo de política que había seguido Alejandro con las fundaciones de Oriente, creando asentamientos que, a modo de red, sirvieran de cohesión, no sólo física, sino ideológica del naciente imperio romano.

El origen y la piedra angular de la *comparatio* entre Alejandro y Escipión en la categoría de grandes conquistadores reside, sin duda, en la guerra de Hispania y la toma de Carthago Nova, cuyo relato adquirió ese matiz particular al calor de la actividad bélica de los Escipiones en Oriente, en la que la acreditación de la figura del Africano Mayor como la representación del conquistador de Occidente favoreció el que se estableciera una equiparación entre la campaña de Escipión en Hispania y la de Alejandro en Asia forzando la aparición de múltiples similitudes entre ambas¹²². De este modo, se acreditaban los méritos de Escipión como conquistador ante el mundo helenístico y se le reconocía como tal poniéndolo a la altura del famoso macedonio. Pero, aunque el relato de las anécdotas militares recordara inmediatamente otras protagonizadas por el propio Alejandro, no debemos creer que éstas eran originales, sino que, a su vez, contenían elementos que, de forma genérica, caracterizaban la imagen ideal del conquistador, hasta tal punto que muchas de ellas se narraban también en relación con otros grandes generales como, por ejemplo, el persa Ciro. Por lo tanto, la narración de los hechos hispanos de Escipión, más que de una simple *comparatio Alexandri* trataría, más bien de elevar el rango de la conquista de Hispania hasta convertirla en la conquista de Occidente y, de este modo, exaltar la personalidad de Escipión introduciéndolo entre los grandes conquistadores.

El núcleo central de esta *comparatio* entre Alejandro y Escipión en tanto que conquistadores se sitúa en torno a los acontecimientos que jalonaron la conquista de Carthago Nova y, concretamente, afecta a tres puntos fundamentales: en primer lugar, la planificación y la táctica del asalto¹²³; en segundo lugar, los aspectos místicos que rodearon al mismo; y, finalmente, la actitud de Escipión después de la victoria, cuando, en una soberbia demostración de *clementia*, proporcionó a la historiografía antigua la anécdota sobre su comportamiento con las mujeres e hijas de Indíbil y Mandonio.

¹²⁰ C. J. Wylie, «Pompey megalopsychos», *Klio* 72, 1990, p. 447, en la versión latina, Alejandro Magno es confundido a menudo con Alejandro el Moloso, quien realizó una notable expedición a la Magna Grecia, y al que se le atribuye la realización de los proyectos occidentales del macedonio, supuestamente truncados por su temprana muerte.

¹²¹ P. Grimal, *Le siècle...*, pp. 140-141.

¹²² O. Weippert, *op. cit.*, pp. 51-52.

¹²³ E. Foulon, «Un miracle de Poséidon: Polybe X, 8-15», *REG* 111, 1998/2, pp. 503-517; L. E. de Miguel Santed, «El primer asedio romano de Qart-Hadast (Nueva documentación arqueológica)», *El mundo púnico: historia, sociedad y cultura*, Murcia 1994, pp. 55-59.

El punto más importante de los tres que acabamos de señalar es la propia narración del asalto y toma de Carthago Nova, porque es en él donde se produce una combinación de genio militar, demostración de valor personal e intervención de elementos fabulosos que podían tener analogía con las anécdotas de las batallas y conquistas de Alejandro. La historia de Carthago Nova tiene una gran semejanza con la de la marcha de Alejandro por la costa de Panfílica en la que el viento del Norte inundó un estrecho camino y bloqueó el paso del ejército. Repentinamente, el viento cambió y Alejandro afirmó haber visto a un dios provocando el cambio¹²⁴. Aún hubo Alejandro de enfrentarse a otro suceso similar, según relata Calístenes, al verse favorecido por la *proskynesis* de las olas en los alrededores del monte Climax¹²⁵. La retirada de las aguas no era, sin embargo, una anécdota excepcional en la azarosa vida del macedonio, sino que formaba parte ya de un *tópos* literario que salpicaba la vida de otros conquistadores célebres que le habían precedido, como había sido el caso del propio Ciro a su paso por el Eufrates, o el de profetas bíblicos como Moisés al atravesar el Mar Rojo¹²⁶. Por ello, cabría pensar que el relato de la toma de Carthago Nova realizado por Polibio y otros historiadores griegos estaba influenciado por *tópoi* literarios referidos a las más famosas batallas de Alejandro, las cuales a su vez contenían tópicos literarios previos que referían de modo genérico la descripción de una conquista gloriosa y excepcional. Por ejemplo, la escalada de las murallas de Carthago Nova también podría compararse con el asalto a los Malli¹²⁷ y la cuidadosa planificación de la toma de la ciudad hispana en las horas previas correspondería a la de la batalla de Gránico, que, habiendo sido en realidad un arriesgado golpe de suerte, fue modificado por la cancelería de Alejandro y luego por fuentes tardías como Arriano y Plutarco, que lo convirtieron en una batalla planificada y un prodigio de estrategia¹²⁸.

Por otra parte, los elementos fabulosos que rodeaban el relato de la conquista de Carthago Nova también eran objeto de *comparatio* entre la tradición de Alejandro y la de Escipión. Por ejemplo, la promesa de la intervención divina en Carthago Nova es lo que más recuerda aquella¹²⁹, sin embargo, también en este caso, la existencia de una inspiración previa a la batalla definitiva era un *tópos* literario que ya había sido utilizado previamente con la figura de Hippias antes de Maratón. Quizás lo más sorprendente sea el paralelo con la alusión de Escipión a Poseidón, hasta tal punto que incluso E. Meyer se negó a considerarlo verídico y dijo

¹²⁴ Estrabón 14, 3, 9; Plutarco, *Al.* 17, 3 y ss.; Arriano, *Anab.* 1, 26, 1 y ss. Calístenes, *FCrHist* 124 F 31 interpreta la retirada de las aguas como una *proskynesis* de los mares ante el nuevo jefe, Jenofonte, *Anab.* 1, 4, 18. H. H. Scullard, *Scipio...*, p. 57; O. Weippert, *op. cit.*, pp. 44-45, n. 2.

¹²⁵ Arriano 1, 26, 1-2; Estrabón, 14, 3, 9 (666); Plutarco, *Alex.* 17, 3-5.

¹²⁶ Jenofonte, *Anab.* 1, 4, 17 y ss.; W. W. Tarn, *op. cit.*, pp. 357-358, 373, como sucederá más tarde en la interpretación de los sucesos de Carthago Nova, también la historiografía moderna ha aventurado en este caso la hipótesis, más realista, de que Alejandro fue aconsejado por los nativos sobre por dónde era preciso vadear la playa.

¹²⁷ R. Laqueur, «Scipio Africanus und die Eroberung von Neukarthago», *Hermes* 1921, pp. 131-225; W. Brewitz, *op. cit.*, pp. 44-54; W. Schur, *op. cit.*, pp. 24-29; A. Beltrán, «Nuevas interpretaciones...», pp. 134-143; H. H. Scullard, *Scipio Africanus...*, pp. 39-67.

¹²⁸ P. Goukowsky, *op. cit.*, p. 21.

¹²⁹ P. Grimal, *Le siècle...*, p. 136.

que era todo una invención¹³⁰. Sobre este punto O. Weippert considera que probablemente Polibio quiso estilizar la figura de Escipión como nuevo Alejandro, aunque matiza que sobre la relación entre el macedonio y el romano hay una doble tradición, por un lado la griega, que daría una explicación más general sobre los motivos de la posible *comparatio*, y, por otro, la versión latina, cuyo propósito principal era el de glorificar a Escipión¹³¹. La representación más clara de esta última sería el célebre saludo de Ennio al primer Africano como «*Scipio Inuicte*», el más antiguo sobrenombre de Alejandro y que, además, lo evocaba absolutamente¹³², ya que ambos generales compartían el hecho objetivo de no haber sido derrotados nunca. Sobre este particular, O. Skutsch señala que el poeta calabrés había tomado ideas de los historiadores de Alejandro para los *Annales*, siendo esta cita un reflejo de ello¹³³.

La tradición sobre la toma de Carthago Nova se cerraba con una célebre doble anécdota en la que Escipión, primero con las hijas de Mandonio y, seguidamente, con una doncella hispana ofrecida por sus propios soldados hacia gala de su altura moral ejercitando dos virtudes fundamentales en la conformación de la figura del conquistador, por un lado la *epieikeia*, como combinación de dulzura y moderación y, por otro, la *philantropia*, en la que a la delicadeza se unía la generosidad¹³⁴. Evidentemente, ambos episodios estaban contruidos siguiendo un conocido *tópos* literario también presente en la tradición sobre otros grandes conquistadores como Ciro el Grande o el propio Alejandro. El precedente del soberano persa con la bella Pantea y del macedonio con las hijas de Darío constituían un tema clásico de la historiografía helenística en el que se ponía de manifiesto la *eudoxia* del conquistador ejemplar. En el caso de Escipión, la tradición en torno a las doncellas hispanas es controvertida, aunque mayoritariamente es tratada como un caso de *imitatio/comparatio Alexandri*. Por otra parte, hay que señalar que conforme avanza el período imperial, la figura de Escipión es identificada cada vez más nítidamente con la de Alejandro, por lo menos, en lo que se refiere a esta anécdota. Así, en las obras de Aulo Gelio, Floro y Amiano Marcelino tenemos referencias claras tanto al macedonio como al general romano a la hora de narrar el episodio¹³⁵. Sin embargo, al margen del valor historiográfico de los diferentes relatos, uno de los ele-

¹³⁰ E. Meyer, *Caesars Monarchie und das Prinzipat des Pompeius. Innere Geschichte Roms von 66 bis 44 v. Chr.* 3. Aufl., Stuttgart 1922, p. 45³ y ss.

¹³¹ O. Weippert, *op. cit.*, pp. 46-47.

¹³² Vahlen 212-214; *Enn. frg. var.* 3; Cicerón, *Verr.* 2, 4, 82; A. Colzio, «Cicerone, *Or.* 152-153, Ennio, *Var.* 3 (Scipio III) V2: costituzione del testo ed esegesi», *PP* 38, 1983, pp. 131-139, aunque es discutido parece que el hiato enniano debe considerarse como una fórmula elogiosa; O. Weippert, *op. cit.*, pp. 49-50. También Aníbal, al ser tipificado como conquistador había fomentado su fama de invencibilidad, si atendemos a la noticia de Plutarco, *Marc.* 32 (1). 7 que resalta el hecho de que Aníbal había resultado invencible hasta su enfrentamiento con Escipión. Respecto a Alejandro, O. Skutsch, «Ennius», *RE V*, p. 2593; H. D. Jocelyn, *The tragedies of Ennius*, Cambridge 1967, p. 58, recuerdan además que Ennio había escrito una tragedia que se titulaba *Alejandro*.

¹³³ O. Skutsch, *The Annals of Quintus Ennius*, Oxford 1985, p. 722.

¹³⁴ J. de Romilly, *La douceur dans la pensée grecque*, Paris 1979, pp. 1-2.

¹³⁵ Aulo Gelio 7, 8, 4 6; Amiano Marcelino 24, 4, 27. J. M. Alonso-Núñez, *La visión historiográfica de Amiano Marcelino*, *Studia Romana II*, Universidad de Valladolid 1975, p. 131.

mentos más destacados por su originalidad y por la escasez con la que aparece de forma evidente en las fuentes, es la tradición recogida por Valerio Antias, claramente antiescipiónica, en la que éste, remontándose según él a tiempos de Nevio, afirma que la anécdota hispana pertenece a la hagiografía escipiónica, puesto que en realidad, Escipión tomó la doncella que le ofrecían sus soldados ofreciendo más un espectáculo de lujuria que de moderación³⁶. La narración de Antias es interesante porque permite trazar la genealogía de la tradición antiescipiónica hasta la época en la que Nevio se contrapone a Ennio en el plano literario, de la misma forma que en el político se había enfrentado a la oligarquía dominante³⁷. Y, sobre todo, ofrece un contrapunto en el que la existencia de una tendencia historiográfica destinada a presentar un arquetipo negativo de Escipión, oponiendo a su imagen de moderación, «realidades» de su auténtica lujuria, confirma una vez más que la narración episódica de lo que conocemos de la tradición escipiónica responde al deseo consciente de elaborar una biografía paradigmática en la que la figura del primer Africano sirva, tanto de ejemplo para futuros conquistadores, como para legitimar la herencia, ya sea ideológica o territorial, de los que le precedieron.

Lo cierto es que la anécdota aparece por primera vez en las Historias de Polibio, una obra que, como el propio historiador señalaba estaba destinada a aquellos lectores griegos que desearan acercarse a conocer un poco mejor el universo romano³⁸. Ello quizás explicaría la inclusión de estas anécdotas de «enlace» en las que la tradición romana se une a la helenística, merced a la actitud ejemplar de sus más destacados representantes, sobre todo, teniendo en cuenta que el primer Africano era ya un hombre conocido en el mundo helenístico después de la espectacular toma de Carthago Nova³⁹. Por otra parte, el origen griego de esta *comparatio Alexandri* también serviría para explicar los negativos comentarios de Nevio, para quien tales anécdotas no tenían sentido en un contexto romano en el que la primacía no debía medirse llegando a la altura de otros conquistadores, máxime si éstos no eran romanos. En realidad, desde el punto de vista de la tradición ejemplarizante, la historia de la bella Pantea, en la que, a su vez, se basaban los *tópoi* de las hijas de Dario y las de Mandonio contiene una lección moral, ya que en relación con la conquista, el episodio era un canto a la *epieikeia* y la *megalopsychia*, es decir, a la clemencia y la generosidad para con los vencidos como una forma de atraer a nuevos partidarios⁴⁰. Esta recomendación aparecerá de forma constante en toda la tradición griega y su presencia se acrecentará en la medida en que se vea confrontada a la dominación romana.

³⁶ Aulo Celio 7, 8, 3-6: «... Scipionem istum, uerone an falso incertum, fama tamen, cum esset adulescens, haud sincera fuisse et propemodum constitisse, hosce uersus a Cn. Nevio poeta in eum scriptos esse:». M. T. Schettino, «Interesse storici e letture storiografiche di Aulo Celio», *Latomus* 45, 2, 1986, pp. 352-353.

³⁷ E. Flores, *Letteratura latina e ideologia del III - II a.C.*, Napoli 1974, pp. 27-43; H. D. Jocelyn, «The Poet Cn. Naevius, P. Cornelius Scipio and Q. Caecilius Metellus», *Antichthon* 3, 1969, pp. 32-47.

³⁸ Polibio, 1, 1-2.

³⁹ H. Bengtson, *op. cit.*, pp. 401-407.

⁴⁰ J. Luccioni, *op. cit.*, pp. 228-229.

Pese a todo lo que acabamos de señalar, el único episodio de *comparatio Alexandri* al que podemos denominar estrictamente como tal, fue la introducción del Africano Mayor en el elenco de los grandes conquistadores al mismo nivel que el propio Alejandro y su amado/odiado enemigo Aníbal⁴¹. El episodio es, a nuestro juicio, uno de los clásicos más atractivos de la tradición retórica y narra la supuesta entrevista celebrada por Escipión y Aníbal en Éfeso, en el transcurso de la cual surgió una pugna dialéctica entre ambos hombres sobre la elección del mejor general de todos los tiempos. Aunque con diversas variaciones según la fuente⁴², la anécdota básica narra cómo Aníbal, preguntado por Escipión sobre quién considera que merece el título del mejor general de la historia, nombra en primer lugar a Alejandro, después a Pirro, y finalmente, a él mismo. Ante esta respuesta, Escipión, con cierta carga de ironía, vuelve a preguntar a su enemigo cuál era entonces el puesto que le correspondía a él como vencedor del cartaginés. El estudio comparado de las principales variantes de la anécdota produce la impresión de que hay una idealización de Aníbal y de Escipión, en cuya elaboración el precedente de Alejandro debió ejercer cierta influencia. En nuestra opinión, el mayor interés del relato reside, por un lado, en la enumeración de los grandes conquistadores que habían precedido a Escipión y cuyo listado, al menos en Tito Livio, tiene la intención de demostrar la superioridad de Roma sobre todos ellos, con excepción quizás de Alejandro. Además, desde este punto de vista de la tradición de los *exempla*, la *comparatio* de Escipión con Alejandro suponía la ratificación de la condición de conquistador del romano. Por otra parte, resulta también muy enriquecedor el contrapunto satírico de Luciano, quien se burla de este *tópos* de las escuelas de retórica, ridiculizando el afán de gloria de los tres generales. La originalidad del escritor latino reside en que su punto de vista constituye el punto de arranque de una tradición que pretende superar la importancia que el pensamiento tradicional romano concedía a la consecución de la gloria militar por parte de los generales. La consagración de esta nueva perspectiva de la tradición escipiónica vendrá de la mano de Marco Aurelio, quien, buscando proporcionar una base filosófica a su reflexión sobre el carácter efímero de la gloria escoge a Escipión y a Catón como paradigmas de leyendas olvidadas⁴³.

Como es habitual, parte de la investigación moderna ha centrado su preocupación con respecto al episodio de Éfeso en la cuestión de su posible historicidad. Para ello, no sólo se ha llegado a sugerir que Escipión utilizó tácticas militares y métodos políticos anibálicos en Italia, sino que se ha buscado un precedente del acontecimiento en la tradición apócrifa del encuentro del general romano con Aníbal en las horas previas a la decisiva batalla de Zama⁴⁴.

⁴¹ Silio Itálico, *Pun.* 13762, 6. D. Pacella, *op. cit.*, pp. 116-118; E. L. Bassett, «Hercules and the hero of the Punica», *The Classical Tradition. Studies in honor of Harry Kaplan* 1966, p. 269.

⁴² Tito Livio 35, 14, 1-9; Quintiliano 5, 10, 48; 8, 4, 20; Apiano, *Syr.* 10; Plutarco, *Flam.* 21, 2-6; *Pyrr.* 8, 5; Luciano, *Dial. de mort.* 25 (12); *Pacati Pan. Theodosio Dictus* 8; Libanio, *Frag.* 96.

⁴³ Marco Aurelio, *Med.* 4, 33.

⁴⁴ M. Holleaux, «L'entretien de Scipion l'Africain et Hannibal», *Etudes d'épigraphie et d'histoire grecques V*, Paris 1957, pp. 184-207.

Sin embargo, es evidente que este último relato está calcado sobre la tradición de la entrevista entre Alejandro y Darío en las vísperas del enfrentamiento que tuvo lugar en Gaugamela. La constatación del origen retórico del episodio, unida a la ausencia de toda mención a esta anécdota en la obra de Polibio, ha llevado a la conclusión de que el suceso no fue histórico. Esta opción es, a nuestro entender, la más coherente teniendo en cuenta la complicada tradición elaborada en torno a los últimos años de la vida de Aníbal y, en especial, con respecto a la fecha de su muerte que, supuestamente, habría acaecido en el mismo año que la de Escipión⁴⁵. El hecho de que la tradición historiográfica los convirtiera en enemigos que se admiraban mutuamente, en tanto en cuanto se reconocían como pertenecientes al elenco limitado de los grandes conquistadores, favoreció la aparición de una *comparatio* entre ambos personajes que habría llegado hasta el punto de elaborar un paralelismo entre sus respectivas vidas, de tal modo que al exilio de Escipión en Literno, rechazado por el pueblo romano al que había salvado, se oponía el de Aníbal en Bitinia, huído de Carthago tras su derrota⁴⁶. Por ello, parece claro que, también en el caso del episodio de Éfeso nos encontramos nuevamente ante un *tópos* de la tradición retórica basado en la tentación de una comparación entre dos hombres que llegaron a representar la cabeza visible de sus respectivos imperios —Roma y Carthago— y cuyas posibilidades historiográficas, desde la perspectiva de los *exempla* eran riquísimas, tanto para oponerlos como para acercarlos. Quizás la prueba más contundente de la falta de historicidad de la anécdota sería la transmisión de la noticia que Pacato incluye en el panegírico de Teodosio, donde la figura del Africano Mayor es sustituida por la del Menor⁴⁷.

En realidad, la anécdota del coloquio de Éfeso delata un origen propagandístico en la elección de los generales que la integran, cuyo fin era probablemente el de contrarrestar la propaganda antirromana del ámbito helenístico. La elección tanto de Alejandro como de Aníbal como protagonistas del coloquio junto al romano no es casual, el primero porque era la referencia obligada a partir de la cual se consideraban las hazañas de cualquier aspirante a conquistador del mundo helenístico, donde debía presentarse necesariamente como un sucesor. En cuanto al cartaginés, además de ser el rival directo de Escipión, era también un general que había aspirado a la herencia del macedonio y que, sobre todo, representaba a un imperio que, en la guerra ideológica que envolvió a la contienda púnica, se autoproclamaba defensor de la *oikoumene*. La presencia de Escipión frente a estos dos legendarios conquistadores en el episodio de Éfeso tiene por objeto demostrar su superioridad en un ámbito donde los otros se habían demostrado imbatibles, la conquista y, de esta forma, legitimar el dominio de Roma sobre Oriente. Desde el punto de vista de la tradición escipiónica, la *com-*

⁴⁵ Floro 1, 22, 4, 29.

⁴⁶ Floro 1, 22, 54-61; K. Zimmermann, «Scipios Eid nach Cannae-eine propagandistische "Retourkutsche"?», *Chiron* 27, 1997, pp. 471-482.

⁴⁷ *Pacati Pan. Theodosio Dictus* 8.

paratio Alexandri del coloquio suponía la consagración historiográfica del vencedor de Aníbal como paradigma del conquistador.

Aunque hablar de *comparatio Alexandri* suponga, en cierto modo, reconocer una cierta igualdad con respecto a los personajes que la protagonizan, aún había un aspecto en el que la historiografía romana consideraba a Escipión superior al propio Alejandro y es que el vencedor de Aníbal, a diferencia del macedonio, había rechazado el título de rey. No debemos olvidar que uno de los episodios que más dañaban la imagen de Alejandro en el mundo griego era la cuestión de la *proskynesis*, que era contemplada como un gesto de adoración hacia un monarca divinizado¹⁴⁸. Con ocasión de la conquista de Carthago Nova y cuando Escipión recibe el homenaje de los hispanos que desean saludarle como rey, él se niega, prefiriendo el título de *strategós* y mostrando una actitud en perfecta consonancia con las palabras que Polibio le atribuía en la arenga pronunciada con ocasión del motín de Sucro, ya que antepone la obligación hacia la patria a sus propios deseos y ambiciones como conquistador victorioso¹⁴⁹. Esta era, sin embargo, la parte más negativa del retrato de Alejandro, la de un hombre que, poseído por la *hybris*, no había dudado en aceptar honores divinos en vida, iniciando así el camino propio del tirano. Quizás por ello, A. Grilli considera cierta la afirmación de que ningún «Alejandro romano», a partir del Africano Mayor, fuera nunca un representante del partido senatorial. En ello habría influido, por un lado, el peso del helenismo en la tradición que rodeaba su figura, y, por otro, la amenaza que, desde el punto de vista de la ideología política, podía representar el triunfo del poder en las manos de una sola persona¹⁵⁰. Con respecto a este último punto, sin embargo, la figura de Alejandro se acercaba más a la de Escipión Emiliano, a quien, a diferencia de su abuelo, sí se le atribuye una iniciativa en favor del poder unipersonal¹⁵¹. Como en el caso de Alejandro, ello habría sido la causa de su muerte, tan misteriosa y repentina como la del macedonio¹⁵², y también como la de aquél, rodeada de fuertes rumores de asesinato, unos por envenenamiento, otros por otras causas¹⁵³.

* * *

Como conclusión, nos gustaría volver a plantear algunas de las principales ideas que pueden extraerse del análisis de la influencia en la tradición escipiónica de lo que hemos denominado como *imitatio, aemulatio* y *comparatio Alexandri*. En un principio, la necesidad de ella

¹⁴⁸ P. Goukowsky, *op. cit.*, pp. 52.

¹⁴⁹ Polibio 11, 28-29; E. Foulon, «Basileus Scipion», *BAGB* 1992, 1, pp. 9-30.

¹⁵⁰ A. Grilli, «Alessandro e Filippo nella filosofia ellenistica e nell'ideologia politica romana», *Alessandro Magno, tra storia e mito*, M. Sordi ed., Milano 1984, pp. 133, 150, Tito Livio rechazaría el Alejandro de Marco Antonio, pero no el de Pompeyo.

¹⁵¹ C. Nicolet, «Le «*De Republica*» (VI, 12) et la dictature de Scipion», *REL* 42, 1964, pp. 212-230.

¹⁵² Veleyo Patérculo 2, 4, 5-7; Plutarco, *Rom.* 27, 5; *C. Grac.* 10, 5-6.

¹⁵³ A. B. Bosworth, «The Death of Alexander the Great: Rumours and Propaganda», *CQ* 21, 1971, pp. 112-116; F. Landucci Gattinoni, «La morte di Alessandro e la tradizione su Antipatro», *Alessandro Magno, tra storia e mito*, M. Sordi ed., Milano 1984, p. 97.

o ellas nace del contacto con los imperios helenísticos y del deseo de legitimar desde un punto de vista ideológico-propagandístico la presencia romana. En ese sentido, su validez es similar a la de otros mitos como, por ejemplo, el de los orígenes troyanos de la *Urbs*⁵⁴. Todas ellas son tradiciones que acercan Roma al Oriente helenístico y sirven para justificar su dominio, tanto en esta parte del mundo como en el Occidente de la *oikouménē*. Por ello, parece claro que la idea del Alejandro *kosmokrator*, es decir, la del gobernante del mundo será la que mejor se identificará con Roma y con los sucesivos conquistadores que llegaron a Oriente, trazando así una perspectiva de la historia en la que la continua sucesión de imperios hegemónicos llevaba a buscar continuamente al heredero de Alejandro. La voluntad de adaptarse a este modelo por parte de la tradición escipiónica provocará la polémica de la definición del tipo de acercamiento entre ésta y la figura de Alejandro, en el sentido de si se trata efectivamente de una *imitatio*, *aemulatio* o *comparatio*. Por otra parte, el contacto de Roma con el mundo helenístico modificó la imagen escipiónica, no sólo en el aspecto literario de su arquetipo, ni tampoco porque los Escipiones fueran conocidos como filohelenos, sino porque su imagen literaria se ajustó a las necesidades ideológicas de Roma en su justificación de la conquista del Este. Los Escipiones se acomodaron a las tesis tradicionales sobre el dominio romano en esta parte del mundo y sirvieron como propaganda, no sólo en el momento de la conquista, sino también posteriormente, cuando pasaron a formar parte de la versión interesada que Roma construyó sobre su dominio en Grecia y Asia. Esa inclusión en la propaganda romana desdibujó los hechos históricos y así los Escipiones pasaron a formar parte de las hornadas de sucesores de Alejandro que Roma se empeñaba en enviar a un recalci-trante Oriente helenístico, en el que el impacto ideológico de la monarquía macedónica, por lo menos a nuestros ojos, había borrado en parte las ideas sobre la *basileia* tradicional y había convertido la figura de Alejandro en una «isla», al parecer sin antecedentes y para el que se esperaba una digna sucesión⁵⁵.

⁵⁴ A. Erskine, *troy between Greece and Rome: local tradition and Imperial Power*, Oxford, 2001.

⁵⁵ D. Dopico, «*Aeternitas civitatis* como programa histórico», *RSB* 20, 1990, pp. 49-67.